

tres hurras para los siete secretos

Enid Blyton



Lectulandia

La hermana de Jack, Sussy, tiene un maravilloso aeroplano nuevo, y los Siete Secretos junto con Sussy salen juntos para probarlo. Desgraciadamente el avión cruza la pradera y la tapia de «Bartlett Lodge», una casa enorme que está cerrada pues sus dueños están fuera. Así pues, cuando el jardinero no está a la vista, Peter y Jack escalan la tapia de la casa y Peter sube a un árbol para alcanzar el avión que ha aterrizado en un balcón del segundo piso. Antes de bajar observa una llama de gas en una habitación, cosa extraña en una casa vacía. Extrañado, Peter convoca una reunión del club. ¡Su siguiente misterio está a punto de empezar!

Lectulandia

Enid Blyton

Tres hurras para los Siete Secretos

Siete Secretos - 8

ePub r1.1

Titivillus 19.08.15

Título original: *Three Cheers Secret Seven*

Enid Blyton, 1956

Traducción: Juan Ríos de la Rosa

Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



TRES HURRAS PARA LOS SIETE SECRETOS

by
Enid Blyton

Illustrated by Burgess Sharrocks

C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la octava novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos.

Una aventura de los Siete Secretos.

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista.

Un misterio para los Siete Secretos.

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos.

Tres «hurras» para los Siete Secretos.

Un rompecabezas para los Siete Secretos.

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.

Los formidables chicos del Club de los Siete.

Un susto para los Siete Secretos.

¡Cuidado Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten.

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

Se suspende la asamblea de los Siete Secretos

—No veo que tenga sentido el haber convocado hoy una reunión de los Siete Secretos —le dijo Janet a Peter—. No tenemos en ella nada que tratar ni estamos tampoco metidos en ninguna aventura ni misterio ni nada de particular. Además, yo quisiera terminar de leer mi libro.

—Hace ya tres semanas que no tenemos ninguna asamblea —dijo Peter—. Pero si tú has encontrado algo que te guste más que pertenecer a los Siete Secretos y asistir a sus reuniones, estás en tu derecho. Nosotros podemos encontrar fácilmente a alguien que te sustituya.

—¡Peter, no te pongas así! —dijo Janet, horrorizada ante la idea de dejar de ser miembro del Club de los Siete—. «Por supuesto» que quiero pertenecer al club. Pero es que encuentro que estas asambleas no tienen ningún aliciente si no tratamos en ellas de cosas extraordinarias. Además, fíjate que ni siquiera tenemos suficientes provisiones para comer y beber.

—No te preocupes: si los otros traen todo lo que han prometido nos vamos a dar un buen banquete —dijo Peter—. Ayúdame a arreglar el cobertizo y dejarlo listo para cuando lleguen. ¡Estás ahí sin hacer nada!

Los dos chicos se pusieron a arreglar el cobertizo donde se celebraban las reuniones de los Siete. En la puerta figuraban las grandes letras CSS, insignia del Club. *Scamper*, el rubio perro *spaniel*, estaba sentado en la parte de fuera, haciendo la guardia. Era aquél un cobertizo corriente, como los que hay en muchas casas, pero para *Scamper* era de lo más importante, sobre todo cuando en él había de celebrarse una asamblea de los Siete Secretos.

—Aquí llega alguien —dijo Peter al oír a *Scamper* lanzar un breve ladrido de bienvenida.

¡Rat-tat!, resonaron dos agudos golpes de llamada en la puerta del cobertizo.

—¡Contraseña! —inquirió Peter—. ¡Y, por favor, no la digas chillando!

—¡«Golosinas»! —dijo una voz, seguida de una risita.

—Es Pamela —dijo Janet—. ¡Entra!

Pamela entró, llevando una pequeña bolsa.

—¡Hola! —dijo—. ¿Llego la primera? He traído algunas galletas, pero no son muchas. ¡Cuánto lo siento!

—¡Guau, guau! —Ladró *Scamper* desde fuera.

Se oyeron pasos de gente que se acercaba.

—¡«Golosinas»! —dijo alguien en voz baja. Luego se oyó otra voz que decía:

—¡Pastillas de menta!

A la voz siguió una carcajada.

Peter se acercó rápidamente a la puerta.

—Entra, Jorge —dijo—. Y tú, quédate fuera, Colín. No sabes la contraseña.



—¡Oh, sí que la sé! ¡Todo era una broma! —dijo Colín, atropelladamente—. Sinceramente te lo digo: era una broma. «Golosinas» parece una contraseña muy tonta. «Pastillas de menta» es mejor. Pregúntale a Jorge si yo no sabía «realmente» cuál era la contraseña. Se la dije mientras veníamos. ¿Verdad que sí, Jorge?

—Sí, realmente conocía la contraseña, Peter —dijo Jorge—. Déjalo entrar.

—Bien. Pase por esta vez —dijo Peter—. Hola, aquí llegan Bárbara y Jack. Pero ¿quién es esa chica que se ha quedado allí, parada, como si esperase a alguien?

—¡Es Sussy! —dijo Janet—. Esa horrible hermana de Jack. Apuesto a que se propone estar con nosotros durante la asamblea.

—Contraseña, Bárbara —dijo Peter. Bárbara y Jack recordaban cuál era; la dijeron y entraron inmediatamente en el cobertizo. Peter observó a Sussy durante unos momentos, pero no parecía que ella intentara acercarse. Por tanto, se introdujo en el cobertizo y cerró la puerta, dejando a *Scamper* fuera, de guardia.

—¡En guardia! —le dijo. *Scamper* se sentó, expectante. Sabía perfectamente bien que debía ladrar si alguien se acercaba. Observó intencionadamente a Sussy. ¡Ah, si ésta osara acercarse un solo paso, oiría sus más violentos ladridos!

En cuanto hubo cerrado la puerta, Peter se dirigió a Jack.

—¿Cómo es que se te ha ocurrido traer aquí a tu exasperante hermana? —preguntó—. ¡Sabes de sobras cuántas veces ha estropeado nuestras asambleas y se ha enterado también de la contraseña!

—Sí, ya lo sé. Pero esta vez me ha prometido no acercarse al cobertizo —dijo Jack—. Reconozco que es muy molesta, pero ten por seguro que guardará su palabra. Créeme: no tiene intención de molestarnos.

—Pero ¿por qué la has tenido que traer aquí, de todos modos? —dijo Peter—. No me fío de ella ni pizca. Apuesto a que se propone gastarnos una broma pesada.

—No lo haré. Pero déjame que te explique por qué la he traído —dijo Jack—. Un primo nuestro, que es americano, le ha regalado un avión de juguete y ella no sabe hacerlo volar. Yo estoy deseando manejarlo y jugar con él y lo haremos volar en cuanto se termine nuestra reunión. Entre tanto, lo hemos dejado al pie de la valla de tu jardín.

—¿Un avión, de qué clase? —dijo Jorge, ávidamente.

—¡Una cosa «impresionante»! —dijo Jack—. ¡Es así de grande!

Mientras decía esto, extendió los brazos lo más que pudo.

—Y —siguió— tiene una especie de aparato de relojería con un resorte al que se da cuerda para ayudarlo a arrancar. ¡Os lo digo de veras, es una cosa «súper»!

—¡Mira que regalarle un aeroplano a Sussy! —dijo Peter, maravillado—. ¡Un aeroplano para una chica! ¿Por qué no te lo regaló a ti tu primo, Jack?

—Es que nos dio a escoger a cada uno una cosa —dijo Jack—. Yo elegí el equipo de *cow-boy* y Sussy un aeroplano. Siempre que Sussy escoge algo se me antoja luego a mí cuando lo veo. Es muchísimo mejor y más bonito que mi equipo de *cow-boy*.

—¿Le importaría a Sussy que fuéramos a ver cómo lo hacéis volar? —preguntó Jorge.

Jack parecía dudar.

—No sé. Ya sabéis que Sussy no nos puede tragar a los Siete Secretos, porque no la dejamos formar parte de nuestro Club.

—Fíjate lo que te digo —dijo Peter, cambiando enteramente la opinión que siempre había tenido de Sussy, ahora que era propietaria de un magnífico aeroplano—. Esta asamblea no la celebraremos. Merendaremos en cualquier sitio del jardín y le dirás a Sussy que puede acompañarnos, con la condición de que nos deje ayudarla para hacer volar el avión.

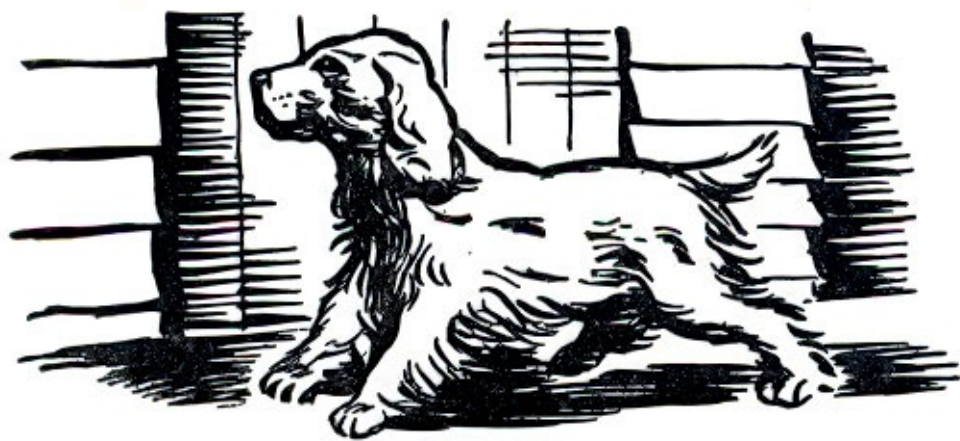
—Está bien —dijo Jack—. Voy a proponérselo.

Se marchó para hacerle la proposición a Sussy. En seguida volvió.

¡Sí! Dice que merendará con nosotros y que después nos dejará hacer volar el aparato —dijo, meneando la cabeza en el cobertizo—. ¡Vámonos y llevémonos la merienda!

Se marcharon todos y Sussy se les juntó.

—¡Hola! —dijo, haciendo una mueca de burla con su pecosa cara—. ¡Esta mañana no somos los Siete Secretos, sino los Ocho Interesados!



El hermoso aeroplano

A Peter no le gustó nada la observación de Sussy de que ellos, por el momento, no eran ya los Siete Secretos, sino los Ocho Interesados. Pero, por otro lado, no quería mostrarse enfadado con ella, sobre todo teniendo en cuenta que iba a prestar a todos un gran favor.

—¿Dónde está el súper aeroplano? —preguntó.

—¿Dónde está la súper merienda? —replicó Sussy en seguida—. Hemos quedado en que merendaríamos antes de ponernos a jugar.

—Sí, claro, claro. Ya lo hemos tenido en cuenta —dijo Peter—. Pero ¿dónde vamos a merendar? Creo que podríamos hacerlo al pie de aquel árbol.

—No. Propongo otra cosa —dijo Jack—. Sussy y yo haremos volar el aeroplano en el prado que hay detrás de nuestra casa. ¿Qué os parece si fuésemos a merendar allí, sentados en la hierba? Es un sitio muy bonito.

—Sí. Es una idea magnífica —dijo Peter.

Los demás estuvieron de acuerdo.

—¡Vamos, *Scamper*! —Siguió Peter—. ¡En marcha!

—¡Guau! —Ladró *Scamper*, muy contento; y, haciendo honor a su nombre, huyó^[1], como quien dice, a toda velocidad hacia la puerta de la valla del jardín. Los demás le siguieron. El perro se detuvo entonces y empezó a escudriñar, suspicaz, como si buscara algo que estuviese oculto. Luego volvió a ladrar.

—Muy bien, *Scamper*, ése es mi aeroplano —dijo Sussy, muy orgullosa.

Los Siete se detuvieron para admirar el artefacto. Allí, bajo el vallado, pudieron contemplar el más grande aeroplano de juguete que hasta entonces habían visto, reluciendo al sol con reflejos de plata.

Un mismo pensamiento asaltó a los cuatro muchachos: ¡qué absurdo que un aeroplano tan bonito fuese de Sussy, de una chica! ¡Eso sí que era un despilfarro tonto! Claro que ninguno dijo nada, porque sabían perfectamente que si lo decían, la enojosa Sussy se hubiese llevado el avión para disfrutarlo ella sola.

—Bien. ¿Qué os parece? Es mejor que un equipo de *cow-boy*, ¿verdad?

Jack se puso encarnado hasta las orejas y miró a su hermana con ojos fulgurantes.

—Si yo hubiese sabido que el avión que te iba a regalar el primo era de esta clase... —empezó a decir, irritado. Pero Peter le cortó la palabra.



—No te sulfures, Jack —dijo, deseoso de mantener la paz entre los dos hermanos—. Apuesto a que el equipo de *cow-boy* que te han regalado es de lo mejor. Pero ¡qué estupendo aeroplano! ¡Tiene el tren de aterrizaje plegable, fíjate!

—Sí —dijo Sussy, orgullosa—. Dice el prospecto que las ruedas se pliegan contra el fuselaje en cuanto el aeroplano empieza a volar y que, luego, automáticamente, se despliegan cuando aterriza. Apuesto a que no hay ningún chico en toda la comarca que tenga un avión comparable a éste.

Los Siete Secretos estaban seguros de que tenía razón. Sussy cogió el magnífico aeroplano y atravesó la puerta del jardín.

—¡Deja que lo lleve yo! —dijo Peter—. ¡Debe de ser muy pesado para ti!

Sussy se echó a reír con su habitual tono sarcástico.

—Lo que realmente te pasa —dijo— es que estás ansioso de llevarlo para que los que te vean se crean que es tuyo y sientan envidia. ¡Ah, os estáis poniendo encarnados! Os conozco bien, muchachos. Pero el aeroplano es «mío» y pienso llevarlo «yo». Muchas gracias.

Nadie volvió a pronunciar palabra. ¡Qué rabia que Jack tuviese una hermana tan inteligente! ¡Nada se podía sacar de Sussy! Siempre encontraba una hábil respuesta para todo.



Los muchachos iban andando en fila, encabezados por Sussy, que llevaba el aeroplano. Los otros marchaban detrás, algo rezagados. Y, por último, iba *Scamper*, olisqueando por todas las esquinas, como era su costumbre.

Llegaron a casa de Jack y cruzaron la puerta lateral del jardín, atravesándolo hasta llegar al fondo. Una vez allí, saltaron la valla y penetraron en una gran pradera, que se extendía hasta muy lejos.

—Primero, merendar —dijo Sussy cuando todos hubieron llegado, incluido *Scamper*, el cual, dando un magnífico salto, había alcanzado el suelo felizmente.

—Y tú ¿qué has traído de merienda? —dijo Pamela, que empezaba a sentirse molesta con la actitud de Sussy.

—Nada. Yo he traído el aeroplano —dijo Sussy—. Y desearía que no hubieses traído «tú» unas galletas tan pésimas como las que llevas al colegio para el almuerzo.

—Cállate, Sussy —dijo Jack, molesto—. Hemos traído cosas buenas para merendar. Tú podrás tomar lo que quieras, y recuerda que eso no te obliga a ser descortés.

La merienda era buena, ciertamente. Consistía en galletas, por supuesto, además de pasteles de jengibre, una hermosa pastilla de chocolate con almendras, compota, dos botellas de limonada y una bolsa de caramelos.

—Dale a *Scamper* un caramelo —dijo Jorge—. A ver si se está quieto de una vez.

Pero *Scamper* quería probar un poco de todo y ciertamente que lo consiguió. Le bastó para ello con postrarse ante los Siete y mirarlos con sus grandes ojos castaños en actitud suplicante. La misma Sussy le ofreció un pedazo de pastel después de acariciarlo.

—Ahora vamos a hacer volar el aeroplano —dijo, cuando ya habían dado buena cuenta de todo y no quedaba tampoco ni una gota de limonada. Todos se levantaron del suelo, excitados. Jack cogió el prospecto que explicaba el funcionamiento del aparato y lo estudió detenidamente, mientras los otros tres chicos miraban por encima del hombro.

—Parece bastante fácil —dijo Jack—. Quiero decir para un chico —añadió rápidamente—. Las chicas no pueden entender bien estas explicaciones tan complicadas.

—Lo que yo quiero es que me digas cómo se pone en marcha. Lo demás ya lo haré sola —dijo Sussy—. ¿Qué hay que hacer?

—Pues bien: tienes que mover esta palanquita que sirve para que las ruedas se plieguen cuando el avión empiece a volar —dijo Jack—. Luego tienes que apretar aquí, fíjate, Sussy. Luego le das a esta llave que está en contacto con el mecanismo que aprieta los resortes, que sirve para que el aeroplano adquiera la energía suficiente para remontar el vuelo, y...

—No necesito tantas explicaciones —dijo Sussy, impaciente—. Sólo quiero que me digas qué es lo que tengo que hacer para que pueda volar.

Jack, sin pronunciar más palabras, manipuló en el avión por varios sitios, dándole toda la cuerda. Luego lo levantó por encima de su cabeza y apretó un pequeño botón.



—¡A volar! —exclamó, lanzándolo. El aeroplano tomó altura en seguida y empezó a volar de un modo maravilloso, con un zumbido fuerte, y describiendo un círculo, mientras los niños lo contemplaban, extasiados. Luego tomó más altura y cruzó la pradera de una parte a otra, lo mismo que un aeroplano de verdad.

—El prospecto dice que ahora dará una vuelta y volverá al punto de partida —dijo Jack.

Pero el aeroplano no hizo lo que Jack decía. Por el contrario, se dirigió en línea recta hacia una tapia muy alta que había en la pradera y desapareció tras ella.

—¡Cáspita! —dijo Jack, horrorizado—. No ha hecho nada de lo que dice el prospecto. ¿Qué vamos a hacer ahora?

¿Dónde está el aeroplano?

—¡Ha desaparecido! —dijo Sussy, con aire de tener el corazón traspasado—. ¡Mi lindo aeroplano! ¡Oh, nunca te habría dejado que lo manejaras, Jack, si hubiese sabido que se te iba a escapar al primer vuelo! ¡Se va a hacer pedazos!

—¡Yo no sabía que se me iba a escapar! —dijo Jack—. Nunca se ha visto un aeroplano volar de esa manera. Nunca hubiera adivinado que era capaz de recorrer volando toda la pradera. ¡Oh, Sussy, lo he sentido terriblemente, créeme!

—¿Quién vivirá en la finca de al lado? —dijo Peter mientras miraba en dirección de la enorme tapia—. ¿Habrá alguna casa allí?

—Sí. Se llama «Bartlett Lodge», y es una casa muy grande —dijo Jack—. Hace mucho tiempo que está cerrada, porque los dueños se han ido fuera.

—Eso está bien. Así podremos tranquilamente ir a recoger el aeroplano —dijo Jorge—. Nadie nos llamará la atención si andamos con cuidado.

—Está el jardinero —dijo Jack, dubitativo—. No es nada simpático. Una vez que estábamos jugando Sussy y yo se nos cayó la pelota y no quiso de ninguna manera que saltáramos la tapia para ir a buscarla. Él tampoco pudo encontrarla. La perdimos.

—Yo no quiero saltar por la tapia —dijo Bárbara—. Me da miedo reñir con los jardineros.

—Ninguna de vosotras saltará —dijo Peter, firmemente—. Esto es un asunto de chicos. No tolero que cualquier jardinero irritado pueda empezar a daros voces. Nosotros cuatro subiremos al borde de la tapia y miraremos a ver si el jardinero está cerca. Si es así, le preguntaremos, con toda cortesía y disculpándonos, si ha visto el aeroplano. Y si no está, saltaremos y lo buscaremos nosotros.

—Pero ¿vais a hacer eso sin pedir permiso primero? —dijo Janet.

—¿A quién se lo vamos a pedir? —dijo Jack—. No hay nadie en la casa. Vamos allá y veremos lo que podemos hacer.

Los ocho, y también *Scamper*, recorrieron el prado hasta llegar al pie de la gran tapia.

—¿Cómo vais a poder subir? Es una tapia muy alta —dijo Bárbara.

—Dos de nosotros nos pondremos debajo para ayudar al que suba —dijo Jack—. Voy a subir yo mismo, para echar un vistazo y ver si el jardinero está por algún sitio.

Entre Jorge y Peter lo sostuvieron hasta que pudo observar una gran extensión cubierta de árboles y maleza. Más lejos se divisaba un espacio claro. Pero no se veía ningún jardinero. Hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Eh! ¿Hay alguien por aquí?

Se puso a escuchar, pero no obtuvo respuesta. Jack volvió a gritar:

—¡Por favor! ¿Podemos saltar la tapia para recoger nuestro aeroplano?

Entonces, de repente, sonó una voz a lo lejos:

—¿Quién grita? ¿Dónde está?

—¡Aquí, subido en la tapia! —contestó Jack.

Se volvió y miró a los otros chicos que estaban abajo.

—Veo un hombre. Viene hacia acá. Tal vez haya encontrado el aeroplano.

El hombre apareció por una brecha que había entre la maleza y los árboles. Era grueso y de anchos hombros. Tenía la cara colorada y las facciones bastas, amén de unos ojos de dura mirada. En las manos llevaba un azadón.

—¿Se puede saber qué estás haciendo en esa tapia? Largo de ahí. ¡Esto es una propiedad privada y tú lo sabes muy bien! ¿Sabes qué es lo que hago yo con los chicos que entran aquí? ¡Les doy con el azadón!

—Nosotros no queremos entrar —dijo Jack, algo alarmado—. Sólo queremos saber si usted ha visto nuestro aeroplano. Estaba volando hacia...

—No. Yo no he visto «ningún» aeroplano, ni «ninguna» pelota, ni «ninguna» cometa. Y, por supuesto, que si encuentro algo se quedará aquí. Tenéis un magnífico prado donde jugar sin necesidad de tirar cosas a este lado. Si encuentro un aeroplano lo echaré a la chimenea.

—¡Oh, no! —dijo Jack, horrorizado—. Es un aeroplano muy valioso, es la mar de bonito. Déjeme, por favor, que vaya a buscarlo. Es de mi hermana, y yo...

—Aunque sea de la reina de Inglaterra, no te dejaré entrar —dijo el hombre—. ¿Entendido? Tengo órdenes a este respecto. Estoy aquí encargado de guardar todo esto mientras no haya nadie y no me da la gana de que vengan muchachos a robar fruta o...



—¡Yo no soy ningún ladrón! —dijo Jack, indignado—. Sólo se trata de que

necesito el aeroplano. Se lo diré a mi padre para que venga por él y me lo dé.

—¡Qué va a hacerlo! —exclamó el zafio jardinero—. O te largas de ahí ahora mismo o te saco yo.

Levantó el azadón significando que quería cumplir su palabra. Jack no quería que lo tiraran al suelo como un saco de patatas y saltó rápidamente al prado.

—¡Qué bruto! —dijo Peter al pobre Jack, mientras éste reptaba sobre la hierba, después de haber dado el tremendo salto.

—¡YO QUIERO MI AEROPLANO! ¡DEVUÉLVANMELO! —gritó de pronto Sussy, pateando la hierba con el pie y con los ojos llenos de lágrimas ante la idea de perderlo en su primer vuelo. Sin embargo, nadie contestó desde el otro lado de la tapia.

—¡Oh, Sussy, lo siento de veras! —dijo Jack, levantándose del suelo—. Óyeme: yo iré a rescatar tu aeroplano en cuanto ese horrible jardinero se vaya a comer. Supongo que lo hará a las doce, lo mismo que el nuestro.

Todos rodearon a Sussy, verdaderamente compungidos por el percance que había ocurrido con el avión.

—¿Es que no lo has podido ver siquiera? —preguntó Sussy, con voz furiosa, volviéndose hacia Jack. Éste movió el cabeza, apesadumbrado.

—Escucha —dijo Peter, volviendo de nuevo a tomar el mando de la situación—. Dos de nosotros iremos a espiar a la puerta del jardín de esa casa. En cuanto veamos que ese antipático jardinero se marcha para comer, saltaremos la tapia y buscaremos el aparato sin ningún riesgo. Y si nos ve alguien sospechoso, que pueda dar el soplo al jardinero, pues nos vamos.

—Buena idea —dijo Jack, muy animado—. Iremos tú y yo, Peter. Por cierto, son cerca de las doce. ¡Vamos en seguida a la calle donde está la puerta de la casa!

Jack y Peter se marcharon al momento por una estrecha vereda que unía el prado con la calle. Una vez en ésta, torcieron a la izquierda, llegando por fin a la puerta de fuera de «Bartlett Lodge». Un poco más allá pudieron ver que había otra puerta de acceso a la misma casa.



—Tú vigila allí, que yo vigilaré por esta puerta —dijo Peter—. Pero escóndete detrás de algún árbol o en cualquier otro sitio, no vaya a ser que te vea el jardinero. Ten en cuenta que él ya te vio en la tapia y podría reconocerte ahora y atraparte.

—No te preocupes, que no pienso de ninguna manera que me descubra. Y si lo hace, apuesto a que podré correr mucho más que él —dijo Jack, dirigiéndose acto seguido a la segunda puerta.

Algo más allá había un cobertizo —una especie de refugio de trabajadores— y Jack decidió ocultarse tras él. Peter cruzó la calle y se escondió detrás de un matorral que había al otro lado y que venía como anillo al dedo para sus propósitos. ¿Cuándo aparecería ese antipático individuo?

Al cabo de unos diez minutos vieron a alguien que se dirigía hacia la puerta más grande, la de Peter, y éste movió significativamente la cabeza. No había duda: era el jardinero. Jack reconoció en seguida la voluminosa figura y se echó hacia atrás.



El individuo salió a la calle y poco después dobló una esquina. Jack lanzó un silbido a Peter y ambos empezaron a correr por la vereda otra vez, en busca de los demás, para decirles que el jardinero se había marchado ya.

Estaban los otros en el prado jugando a la pelota y esperando impacientes la vuelta de los muchachos.

Sussy seguía enfadada: había estado durante un buen rato lanzando improperios contra los Siete Secretos. ¡Ciertamente que éstos estaban ya cansados de oírla!

—¡Aquí están los chicos! —dijo Janet, en cuanto aparecieron por el prado—. ¿Qué hay de nuevo, Peter?

—El tipo ese se ha ido ya a comer, como habíamos supuesto. Ahora podremos intentar rescatar el aeroplano. Vamos a saltar la tapia ahora mismo.

—Yo también voy —dijo Sussy, inopinadamente.

—No, tú «no» —dijo en seguida Jack—. Esto es un asunto de chicos.

—Se trata de mi aeroplano, ¿no es así? —dijo la irritante Sussy—. Tengo perfecto derecho a preocuparme por él. Iré con vosotros.

—¡TÚ NO IRÁS! —dijo Peter, con un tono de voz que los demás Secretos conocían bien y que excluía toda idea de desobediencia. Pero Sussy no estaba dispuesta a recibir órdenes de Peter.

—Haré lo que me plazca —dijo desafiante—. Saltaré también la tapia.

—Bien, pero no sé cómo te las vas a arreglar —dijo Peter—, porque prohibiré a los demás que te ayuden a subir.

Jorge y Colín ayudaron a Peter y a Jack a alcanzar el borde de la tapia, mientras Sussy los miraba con cara de mal humor. Se volvió a los que estaban abajo.



—No lo haremos —dijo Colín, divertido—. Peter es nuestro jefe, como tú sabes perfectamente, y nos ha dado órdenes concretas. No seas asno, Sussy.

—Pues subiré sin ayuda de nadie —dijo Sussy.

A punto estuvo de conseguirlo, pues aprovechó un hueco que había en la tapia para meter el pie, y otras hendeduras para los pies y las manos. Los demás la contemplaban irritados, pero, por fortuna, no logró alcanzar el borde, ya que tuvo que bajar cuando estaba por la mitad.

—¿Te has lastimado? —le preguntó Janet, ansiosa. Pero Sussy, como si fuera un chico, rehusaba admitir que se había hecho daño. Miró a Janet con el rostro endurecido y empezó a limpiarse la falda con la mano. Se separó luego un poco de los demás y se apoyó contra la tapia, silbando, como dando a entender que no le importaban nada los Siete Secretos.

Peter y Jack habían ya desaparecido por el otro lado de la tapia. Afortunadamente, en aquel mismo lugar había un árbol que se podía utilizar en la bajada. En consecuencia, uno tras otro, los muchachos, dando un pequeño salto, asieron una

rama, a la que flexionaron hasta conseguir llegar limpiamente al suelo.

Una vez en tierra miraron cautelosamente hacia la casa, que se veía fácilmente a través de la brecha que había en la maleza. Estaban solos. No había nadie por allí que los pudiera ver, por lo que pensaron que podían disponerse tranquilamente a buscar el aeroplano de Sussy.

—Espero que no se haya hecho pedazos —dijo Jack a Peter mientras empezaban a caminar entre los árboles y las matas, en dirección a la explanada—. Si así fuera, cualquiera iba a aguantar a Sussy. Una cosa así no la olvidaría nunca.



Empezaron a buscar el aeroplano. Exploraron primero los alrededores de la explanada, pero el avión no estaba por allí. Sólo había montones de hierbajos que hicieron a los muchachos preguntarse a cambio de qué percibiría el jardinero su paga.

Rebuscaron también entre la maleza y escudriñaron las copas de los árboles pensando en que quizás el aeroplano hubiese topado con alguna rama alta.

—¡Es para volverse loco! —dijo Jack, por fin—. ¡No hay ni rastro del aeroplano! ¿Crees que a lo mejor el jardinero lo ha encontrado y lo ha escondido en algún sitio?

—¡No me sorprendería! —dijo Peter—. ¡Es tan antipático como para eso!

Ahora los chicos empezaron a acercarse cautelosamente a la gran casa. Ésta daba la impresión de algo prohibido. Todas las cortinas de las ventanas estaban corridas.

Y entonces, Peter, de repente, vio el aeroplano.

Había aterrizado limpiamente en un pequeño balcón del segundo piso de la casa y allí estaba posado en el suelo de piedra.

—¡Míralo, ahí está! —dijo Peter, señalándolo—. Y podremos cogerlo fácilmente trepando por este árbol que llega hasta el balcón. ¡No se ha roto! ¡Parece que está entero!

—Sube tú mientras yo me quedo aquí vigilando —dijo Jack—. No sé por qué razón me he empezado a poner nervioso de repente. Ojalá no vuelva el jardinero.

Algo fuera de lo común

Peter empezó a trepar por el árbol, ágilmente y con seguridad. Jack se quedó abajo, observándolo y escudriñando a su alrededor, no fuera a ser que volviese el desagradable jardinero.

Poco tiempo necesitó Peter para alcanzar la altura del segundo piso. Saltó al balcón y examinó el aeroplano. ¿Estaría roto?

Pero, al parecer, se había salvado milagrosamente.

Estaba en perfectas condiciones. Ni siquiera presentaba una abolladura. Había ciertamente hecho un aterrizaje perfecto en un sitio muy difícil. Peter llamó a Jack.

—¡Oye! ¡Al avión no le ha pasado nada! ¿Verdad que es tener suerte? Estoy pensando en cómo bajarlo. No puedo agarrarme bien al árbol si lo llevo encima, porque tengo que usar las dos manos.

—Será mejor con una cuerda —dijo Jack—. Si llevas una, puedes atar el aeroplano por la cola y bajarlo con cuidado hasta que yo lo coja.

—¡Oh, sí, desde luego! ¡Es una buena idea! —dijo Peter. Él llevaba siempre una cuerda consigo, igual que los otros Siete Secretos; siempre podía ser útil en cualquier inesperada aventura. Y, según opinión de los Siete Secretos, las aventuras estaban siempre cerca, prontas a producirse.

Peter sacó su cuerda del bolsillo y la deslió. Tuvo suerte. Era lo bastante larga como para que Jack pudiese alcanzar el aeroplano cuando se lo descolgara. Empezó a atar el avión por la cola, admirando su hermosa factura. No era de extrañar que Sussy estuviese orgullosa de semejante juguete, pero ¡qué despilfarro haber regalado eso a una chica tan joven!

Lo fue descolgando con mucho cuidado en espera de que Jack lo recogiese, que estaba abajo, con las manos extendidas, pronto a hacerse con él, y muy contento de que no se hubiera roto en el percance. ¡Quizás ahora Sussy dejaría, por fin, de protestar!

—¡Ya lo tengo! ¡Muchísimas gracias, Peter! —gritó desde abajo—. Baja ya, que se lo llevaremos a mi hermana.



Peter echó un vistazo por el balcón para asegurarse de que lo abandonaba sin que nadie lo hubiera visto. Las cortinas de la habitación que daba al balcón estaban corridas, lo mismo que todas las de la casa. Sin embargo, no llegaban a juntarse: dejaban una ranura en medio. Y justamente cuando iba a encaramarse al árbol para bajar y reunirse con su amigo, algo raro descubrieron sus ojos. Algo rojo y brillante que se vislumbraba a través de la abertura que dejaban las cortinas.

Se detuvo, atónito. ¿Cómo podía resplandecer una luz o un fuego dentro de la habitación? ¡No podía ser! ¡La casa estaba vacía y completamente cerrada!

«Supongo que no se irá a producir un incendio —pensó Peter, alarmado—. Será mejor que me acerque a los cristales y mire. Quizá pueda abrir el balcón».

Volvió a mirar a través de la abertura que dejaban las cortinas. ¡Sí, era cierto! ¡Dentro de la habitación había una llama! Pero, alto ahí: ¿no era realmente una llama de gas?

Apretó la cara contra los cristales del balcón y, cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad que reinaba dentro, pudo comprobar que, efectivamente, en la habitación había una llama de gas encendida en la chimenea. ¡Qué cosa más rara!

Intentó abrir el balcón, pero estaba cerrado por dentro. ¡Qué descuidada era la gente, dejándose el gas encendido al marcharse de la casa! Ciertamente, era necesario cerrar el gas.

Volvió a escudriñar a través de la abertura por si podía ver alguna otra cosa, pero, de pronto, se dejó oír la voz de Jack:

—¡Peter! ¿Qué estás haciendo ahí? ¡Baja ya!

—Precisamente estaba... —empezó a decir Peter, cuando Jack volvió a llamar

con tono asustado.

—¡Peter! Oigo a alguien que anda por aquí cerca silbando. Debe de ser el jardinero, que ha vuelto. ¡BAJA DE UNA VEZ!

Peter tuvo un sobresalto. Por nada del mundo se hubiera dejado atrapar por ese tipo antipático. Dio un salto y se encaramó al árbol, bajando tan rápidamente que llegó al suelo antes de que Jack pudiese llamarlo otra vez.

—Vámonos —dijo Jack, apremiante—. ¿Por qué has tardado tanto? Estoy seguro de que el jardinero anda por ahí.

Pero no había señal del hombre, para alivio de Peter. Seguramente se trataba de alguien que había pasado por las proximidades, silbando. Peter y Jack se dirigieron corriendo al lindero del jardín y se pararon para recuperar el aliento, pues tenían que volver a saltar por la tapia.

—Escucha, Jack —dijo Peter, jadeando—. He visto algo extraño en la habitación que hay detrás del balcón. Creo que voy a convocar una asamblea de los Siete para tratar del asunto. Si puedes conseguir que Sussy, cuando tenga el aeroplano, se marche a su casa, entonces podremos organizar una reunión para esta tarde.

—¡Ooooh! ¿Qué es lo que has visto? ¿Qué pasa allá arriba? —dijo Jack, rápidamente.

—No tenemos tiempo ahora para tratar de eso —dijo Peter, consultando su reloj—. No te preocupes, que, de todos modos, voy a contarle ante la asamblea de los Siete Secretos. Vamos. Sube por el árbol y salta a la tapia. Cuando estés en el borde te daré el avión.

Llamó desde allí:

—¡Eh! ¡Colín y Jorge! ¿Estáis ahí?

—¡Sí! ¿Habéis encontrado el aeroplano? —Gritaron los dos chicos desde el otro lado de la tapia.

—Sí. Vamos a saltar. Preparaos para ayudarnos —dijo Peter.

Esperó hasta que Jack, después de trepar por el árbol, se hubo sentado en el borde de la tapia, y puso el precioso avión en sus manos. Jack, a su vez, se lo entregó, con sumo cuidado, a Colín. Al momento se oyeron gritos de alegría.



Peter siguió en seguida el mismo camino que Jack, apareciendo por encima de la tapia mientras saludaba a sus compañeros. Pudo ver a Sussy, llevando de nuevo su aeroplano y con la alegría reflejada en el rostro.

—Será mejor que te vayas directamente a casa, Sussy —dijo Jack, recordando que se había comprometido a desembarazarse de su hermana.

—Lo hago muy contenta —dijo Sussy—. No pienso permitir que los Siete Secretos vuelvan a manejar el avión. —Dicho esto, se marchó muy erguida.

—¡Escuchad, Siete Secretos! —dijo Peter al momento—. Asamblea para esta tarde a las dos y media. Tengo algo que contaros. Y, por supuesto, ¡ni una palabra a Sussy!

—¡De acuerdo! —Dijeron los demás, excitados. *Scamper* se puso a ladrar. ¿Qué es lo que, en definitiva, habría ocurrido?



Una reunión importante

Aquella tarde los Siete Secretos fueron verdaderamente puntuales, pues estaban ansiosos de saber por qué razón Peter había convocado una asamblea tan intempestivamente. El primero en llegar fue Jack, diez minutos antes de la hora y casi sin aliento.

—¡«Golosinas»! —dijo jadeante. Al momento le abrieron la puerta del cobertizo.

—Me he quitado de encima a Sussy, por lo menos así lo creo —dijo—. Quería que fuese esta tarde al estanque a pescar con ella. Me ha costado un trabajo terrible quitármela de encima. Creo que sospecha que tenemos una asamblea. En cuanto le pude dar esquinazo me puse a correr como una liebre para llegar aquí cuanto antes.

—¡Caramba con Sussy! —dijo Peter—. Pondremos otra vez al viejo *Scamper* de centinela en la puerta. Y, a propósito, Jack: no tenemos nada para tomarnos durante esta asamblea porque nos lo hemos comido todo esta mañana, y mi madre no ha querido darnos nada otra vez.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Jack—. Oye, aquí están los demás. ¡Sí que llegan pronto! ¡Son apenas las dos y veinticinco!

—¡Guau, guau! —Ladró *Scamper* cuando sonaron los acostumbrados golpes en la puerta del cobertizo y fue dicha la contraseña por los otros cuatro miembros del Club.

—¡Pasad, amigos! —dijo Peter.

Entraron todos, con *Scamper* pisándoles los talones. El perro se daba siempre perfecta cuenta de cuándo habían llegado todos los Siete.

—Lo siento, viejo *Scamper*, pero es preciso que te pongas de guardia fuera, en la puerta —dijo Peter, empujándolo suavemente—. Ya sabes que tu obligación es ladrar si Sussy se empeña en meter las narices por aquí.

Scamper apoyó tristemente la cola contra el suelo y se dirigió a la puerta. Tenía la intuición de que algo extraordinario sucedía entre los Siete y quería compartir con ellos su excitación. Pero mientras Peter fuese el jefe había que obedecerlo sin discusión, lo mismo que hacían los otros.

Poco después estaban todos sentados en círculo, sobre cajas viejas y otros trastos, con los ojos expectantes y fijos en Peter.

—¿Por qué has convocado una reunión así, de repente? —preguntó Colín—. ¿Es que pasa algo de particular?

—No sé. Pero creo que debo hablaros de algo para someterlo a discusión —dijo Peter—. Puede que no sea nada importante; pero, por si acaso lo es, es justo que os lo cuente. ¡Oíd!



Los otros escucharon ansiosamente mientras Peter les contaba lo que había visto cuando trepó al árbol para rescatar el avión de Sussy.

—En cuanto vimos el aeroplano posado en el balcón, subí a un árbol para cogerlo y bajarlo. Y cuando ya estaba en el balcón noté que en la habitación de detrás había algo que refulgía. Habéis de saber que las cortinas dejaban entre sí una abertura por la que se podía mirar.

—Pero ¿qué es lo que refulgía? —preguntó Janet, impaciente.

—¡Una luz de gas! —dijo Peter—. ¿Qué os parece?

—Alguien olvidaría apagarla cuando cerraron la casa y se marcharon —dijo Bárbara prontamente—. Es lo más probable.

—Sí, eso fue lo que yo pensé al principio —dijo Peter—. Pero ahora ya no estoy tan seguro. Tengo el presentimiento de que he estado a punto de descubrir algo importante: pero cuando iba a hacerlo me llamó Jack de repente, y me asustó diciéndome que posiblemente el jardinero había vuelto. Entonces salté al árbol y bajé a toda velocidad.

Hubo un corto silencio.

—Pero ¿qué cosa importante era la que ibas a descubrir? —dijo Colín—. ¿Qué clase de cosa?

—No lo sé. He estado pensando y pensando en el asunto, pero todo se me borra como en un sueño. En cuanto empiezo a recordar algo se me va en seguida de la cabeza —dijo el pobre Peter, con el ceño muy fruncido e intentando recordar qué era lo que le había llamado la atención—. Creo que era algo que había en una mesa.

—Un mantel —dijo Bárbara, no muy lucidamente.

—Cuatro patas —dijo Pamela, soltando una risita.

—No seas tonta —dijo Peter, impaciente—. Era algo «desacostumbrado», estoy seguro.

—Bien, y ¿qué nos toca hacer a nosotros con el asunto de la luz de gas? —dijo Jorge—. Por supuesto que hay que conseguir que lo cierren. Es un terrible despilfarro y podría tal vez originar un incendio.

—Eso es lo que pienso yo —dijo Peter—. Pero, ¿cómo vamos nosotros a cerrar el gas?

—Díselo al jardinero —dijo Jack al punto—. O a cualquiera que tenga las llaves de la casa. Supongo, Peter, que allí no habrá nadie, ¿verdad? Tengo entendido que todos se marcharon.

—Por lo que he podido ver, no hay nadie allí —dijo Peter—. Todas las ventanas tienen corridas las cortinas y eso es lo que pasa en las casas cuando están vacías. Me pregunto que dónde podrán estar los dueños.

—El dueño se llama Hall —dijo Jack—. He oído decirlo a mi madre.

—¿Sabría tu madre, tal vez, quién puede tener las llaves? —preguntó Peter—. Creo que mucha gente, cuando se marcha de su casa por largo tiempo, deja las llaves a los vecinos, ¿verdad?, o también a algún encargado.

—Quizá lo sepa —dijo Jack—. Se lo preguntaré. Supongo que dirá que las tiene un encargado. Y entonces podremos contarle a él lo de la luz de gas. Y si las tienen los vecinos, mi madre les telefoneará y los dirá que vayan a cerrar el gas.

—Y si no averiguamos quién pueda tener las llaves, tendremos que contárselo al jardinero —dijo Janet—. Me parece que las debe tener él mismo. ¡Seguramente entró en la casa y encendió el gas para calentarse los dedos de los pies y tenerlos preparados para el invierno!

—¡Tonta! —exclamó Peter—. Fíjate: alguien viene. *Scamper* está ladrando.

Llamaron a la puerta suavemente.

—¡Si eres tú, Sussy, te voy a tirar de los pelos hasta hacerte chillar! —espetó Jack con fiereza.

Pero no era Sussy. Era la madre de Peter.

—¡No conozco vuestra contraseña! —les dijo—. Pero he venido para decirte que es la hora del té, Peter, y que tus amiguitos pueden venir también si quieren. Están invitados.

—¡Entra, mamá! ¡Tú no necesitas decir la contraseña si traes noticias así! —dijo Peter, alegremente, mientras abría la puerta de un empujón—. Muchachos, la asamblea ha terminado. Tráeme mañana la contestación de tu madre, Jack.



Media hora de trabajo fructífero

A la mañana siguiente se reunieron de nuevo los Siete Secretos muy temprano. La contraseña fue dicha cinco veces a Peter y a Janet, que estaban dentro del cobertizo, y por cinco veces también *Scamper* dio ladridos de bienvenida.

—¿Bien? —dijo Peter, cuando hubo cerrado la puerta y estaban todos sentados en semicírculo en el oscuro y pequeño cobertizo—. ¿Tienes algo nuevo que decirme, Jack?

—No gran cosa —dijo Jack—. Le he preguntado a mi madre lo de «Bartlett Lodge» y dice que los dueños se marcharon fuera hará un año aproximadamente y que las llaves las dejaron en un Banco. Nadie puede entrar en la casa sin la autorización del Banco.

—¿Es posible? —dijo Peter—. ¿Es que nadie va allí para hacer limpieza o algo por el estilo?

—También le pregunté eso —dijo Jack—. Y dice que no, que nadie va allí a hacer limpieza. Dice que Alice, la mujer que nos la hace a nosotros todas las semanas, fue a la casa a hacer una limpieza a fondo antes de que se quedara vacía.

—¡Ah! ¿Qué os parece preguntarle a Alice si se dejó encendido el gas? —dijo en seguida Peter—. ¿No podrías preguntárselo tú, Jack? Podrías primero sacar la conversación de la casa y luego ponerte a hablar de luces eléctricas, luces de gas y cosas así, ¿no te parece?

—Ni pensarlo —dijo Jack—. Fíjate qué mala suerte. Se rompió el brazo y no podrá venir a casa durante una temporada.

—¡Vaya! —dijo Peter—. ¿Cómo podremos hacerlo, entonces?



Todos se pusieron a pensar intensamente.

—¿No podrías ir a verla para preguntarle cómo se encuentra y comprarle dulces o algo por el estilo? —dijo Janet al fin—. Cuando nuestra vieja aya está enferma vamos siempre a verla y le llevamos un pequeño regalo.

—Muy bien —dijo Jack, pensando que tal vez le estaban encargando demasiado trabajo—. De todas formas podríais venir todos conmigo. Así será mejor. Ella os ha visto muchas veces: le podéis tener confianza.

—Quizás en el fondo será mejor que vayamos todos —dijo Peter, considerando la cosa—. Podríamos contarle el percance del aeroplano y decirle cómo se coló en el jardín. Eso sería una buena introducción, pero, por supuesto, no le diremos una palabra de haber trepado por el árbol y saltado al balcón.

—¡Por Dios, claro que no! —exclamó Jack, horrorizado—. ¡Se lo diría a mi madre y menuda bronca me iba a llevar cuando se enterase de que habíamos ido allí y trepado por el árbol!

—Bien. ¿Qué os parece si fuéramos ahora mismo? —dijo Peter, a quien gustaba hacer las cosas prontamente—. ¿Lleváis dinero para comprar dulces o cosas por el estilo?

Jack tenía tres peniques, Peter seis y Bárbara cuatro.

—Un chelín y un penique —dijo Peter—. Con esto podremos comprar pastillas de menta.

—¡Oh, sí, a Alice le gustan las pastillas de menta! —dijo Jack—. Es una buena idea. Ea, vámonos ya. Hace una tarde magnífica y soleada y yo estoy cansado de estar en este cobertizo.

Se marcharon todos a una tienda a comprar pastillas de menta. Por un chelín

consiguieron una buena cantidad.

Luego se dirigieron a la casita de Green Lane, donde vivía Alice. Ella se alegró mucho de verlos.

—¡Vaya, con que habéis venido por aquí! ¡Es una alegría poder veros! —dijo—. ¡Habéis llegado precisamente en el momento más oportuno para que podáis probar uno de mis dulces de jengibre, que es de lo mejor que hay! ¡Creo que le gustará al señorito Jack!

Las muchachas comprendieron que Alice les iba a proporcionar un festín mucho más bueno que el que ellos iban a ofrecerle con las pastillas de menta. Sin embargo, ella quedó tan contenta y agradecida de su inesperado regalo, que pudieron considerarse satisfechos.

—¿Y qué habéis hecho, tú y Sussy, desde que me rompí el brazo? —le dijo a Jack—. ¡Os prometo que, cuando me cure el brazo, nunca más volveré a faltar! ¿Has estrenado ya tu equipo de *cow-boy*?



Esta pregunta era una magnífica entrada para sacar la conversación que interesaba a los Siete. Jack la aprovechó rápidamente.

—Sí. Y hemos hecho funcionar el estupendo aeroplano que le regalaron a Sussy. Pero ¡imagínese! ¡Empezó a volar a través del prado, pasó por encima de la tapia y entró en «Bartlett Lodge»!

—¡Anda! ¿Hizo eso? Ésa es la casa de Hall —dijo Alice, ofreciendo generosamente la lata de dulce de jengibre a todos los que la rodeaban—. Yo hice allí una limpieza a fondo antes de que los dueños se marcharan. ¡Menudo trabajo tuve que hacer en la casa!

—¿Dejó usted todas las cortinas corridas? —preguntó Peter—. Tenemos entendido que así es.

—Sí, las corrí todas —dijo Alice—. La casa ha quedado tan oscura y triste, que no sabes cómo me alegró marcharme después de haber terminado mi trabajo.

—Supongo que habrá usted dejado cerradas las llaves del paso del gas, del agua y

el contador de la electricidad —dijo Janet, sintiéndose perspicaz.

—Oh, sí, dejé todo eso cerrado —dijo Alice—. ¿Por qué lo preguntáis? ¿Es que queréis ir a vivir allí? Si es eso, tendré mucho gusto en volver a la casa y abrir todas esas llaves para que estéis contentos.

Todos rieron de corazón la gracia. Peter miró triunfalmente a Jack, quien, como él, también reía. Así, pues, el gas lo había dejado cerrado. ¿Qué significaba entonces aquella luz flameando en la habitación de detrás del balcón? ¡A fe, que habían obtenido de Alice un dato importante!

—¿No hay nadie ahora allí? —preguntó Jack.

—Nadie. Todo está ahora cerrado. Os digo que yo misma comprobé una por una todas las ventanas y puertas para ver si quedaban cerradas —dijo Alice—. La única persona que anda por allí es el viejo Jorge Grim, el jardinero. ¡Y bien que le cae el nombre! ¡Es hosco de nombre y hosco de naturaleza^[2]! Sin embargo, es un hombre honrado. Puedo decíroslo. ¿Quiere más dulce de jengibre, señorito Jack?

—No, gracias —dijo Jack—. Ya hemos tomado bastante. Bueno, Alice: nos vamos. Adiós, y que nos podamos volver a ver pronto, cuando ya tenga curado el brazo.



Cuando se marchaban los Siete Secretos de la casa de Alice, estaban muy satisfechos, pensando que la media hora de visita había rendido sus frutos. Pero ¿a qué se debía la luz del gas? El misterio seguía latente.

Un desafortunado encuentro

—Iremos a hablar al prado —dijo Peter, tan pronto como salieron de la casa de Alice—. Esa mujer nos ha dado una estupenda información. Fue una buena idea la de ir a verla. Es muy simpática, ¿verdad, Jack?

—Sí; ya te dije que lo era —dijo Jack—. Pero yo digo que si ella hubiese cerrado...

—Espera a que estemos en el prado —dijo Peter—. Podría oírnos alguien. Por el momento se trata de nuestro pequeño secreto y debemos guardarlo para nosotros solos.



Nadie volvió a pronunciar palabra hasta que todos estaban ya sentados en la hierba. Entonces Peter tomó la palabra.

—Está perfectamente claro que Alice no se dejó abierta la llave de paso del gas —dijo—. Y si ella hizo lo que dice, o sea si cerró todas las llaves de paso antes de marcharse, entonces ALGUIEN ha entrado en la casa después de haberse ido ella y ha encendido por lo menos el gas.

—Tienes razón —dijo Jorge—. Pero ¿quién? Y ¿para qué? A lo mejor hay alguien en la casa que vive allí, escondido.

—¿Estás pensando, acaso, que el viejo Jorge Grim tiene a algún intruso oculto en la casa? —dijo Colín, pensativo—. Alice dijo que es honrado, ¿no es así? O sea que si él supiera que hay alguien escondido lo hubiera denunciado.

—Yo encuentro que es un hombre horrible —dijo Pamela—. Apuesto a que no se hubiera tomado la molestia de decírselo a nadie.

—No seas tonta, Pamela —dijo Peter—. El que sea horrible, el que no haya querido que entrásemos en el jardín para rescatar el aeroplano de Sussy no son razones suficientes para pensar que no sea honrado.

Hubo un silencio. Nadie sabía qué partido tomar en el asunto.

—¿No será mejor contárselo a mamá? —dijo Janet al fin, volviéndose a Peter. Éste parecía dudar.

—No se creará que yo vi el gas encendido —dijo—. Resulta una cosa inverosímil, después de lo que nos ha dicho Alice.

—Pero nosotros podemos probar fácilmente que es cierto —dijo Jack—. Muy fácilmente. Esperaremos a que el jardinero se vaya a su casa por la tarde y

volveremos a saltar por la tapia y a subir al árbol y a mirar por la rendija de las cortinas.

—¡Sí! Y si el gas está todavía encendido, a pesar de lo que nos contó Alice, «entonces» se lo contaremos a tu madre, Peter —dijo Jorge.

Todos asintieron gravemente.

—Sí. Es lo único que podemos hacer —dijo Peter—. Muy bien; Jack y yo iremos allí esta misma tarde, cuando Jorge Grim se haya marchado a su casa. Jack: iré a recogerte a tu casa hacia las seis y media. Todavía hay luz a esa hora. No nos costará ningún trabajo trepar por el árbol.

—¿Nadie nos ayudará para subir por la tapia? —dijo Jack—. No podemos hacerlo solos.

Peter reflexionó.

—¿No podrías sacar del cobertizo de tu casa la escalera de mano que tenéis allí? —preguntó—. Podríamos fácilmente llevarla al prado, puesto que está detrás de la casa. Subiremos por ella uno detrás del otro y saltaremos la tapia.

—Muy bien —dijo Jack—. Sólo deseo que Sussy no se entere. Si me ve salir del cobertizo con una escalera se me pegará como una lapa hasta enterarse de para qué la quiero.

—¡Qué molesta es Sussy! —dijo Peter, sintiéndose muy satisfecho de que Janet fuera tan diferente de ella—. Bien. Sobre las seis y media iré a buscarte, Jack. Tendremos una reunión mañana por la mañana a las diez y media en el cobertizo.

—Mejor a las once —dijo Colín—. Tengo que ir primero al dentista.

—Bueno, a las once —dijo Peter—. Y esta noche Jack y yo echaremos un vistazo a la Misteriosa Luz de Gas. ¡Apuesto a que está todavía flameando alegremente!

Se marcharon todos a sus respectivas casas para comer, sintiéndose agradablemente excitados. Jack se dirigió al cobertizo de su jardín para ver si estaba allí la escalera. Sí, estaba. Era una vieja escalera que el jardinero usaba cuando tenía que coger fruta de los árboles.



—¡Hola! ¿Qué estás haciendo aquí? —Se oyó la voz de Sussy detrás mismo de

donde él estaba.

Jack dio un brinco y su hermana se echó a reír.

—¡Oh! ¡Te has puesto todo encarnado! ¿Qué estás haciendo? —Siguió Sussy, fastidiosamente—. ¿Algún trabajo para vuestro estúpido Club de los Siete Secretos? ¿Por casualidad querías coger la escalera?

¡Sussy, en verdad, sabía adivinar las cosas! Jack cogió una horqueta que había en el cobertizo y un cesto y salió fuera. Quería demostrar a Sussy que no tenía ningún interés por la escalera: que lo único que se proponía era cortar algunos hierbajos. Pero ella le siguió, muy interesada y continuando con sus exclamaciones.

—¡Oh, qué buen chico! ¡Ahora se va a cortar la hierba! ¡Pero si ni siquiera sabes la diferencia que hay entre sembrar y cortar!

—¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz? —rugió Jack, verdaderamente exasperado. En su nerviosismo, arrancó una flor de la valla.

—Es una flor —dijo al momento Sussy—. Oh, en menudo lío te vas a meter si es que piensas arrancar todas las flores de la valla.

Entonces Jack perdió los estribos y arrancó dos flores más, hasta las raíces, echando la tierra en la cara de su hermana, con fuertes sacudidas. Sussy, al fin, se marchó profiriendo exclamaciones y gemidos.

A las seis y media Peter estaba ya en la puerta del jardín de Jack. Vio a éste esperándole detrás de unas matas. Jack se llevó el dedo a la boca para advertir a Peter que no hiciera ruido.

—Sussy anda por aquí —susurró. Ambos se dirigieron de puntillas al cobertizo. Jack abrió la puerta y allí, sentada en la escalera que tan ansiosamente deseaban coger los chicos, estaba Sussy fingiendo leer un libro y riéndosele a su hermano en las narices.

—¡Hola! No querrás la escalera, ¿verdad? —dijo—. Si es que la quieres, me levantaré.

Jack le dirigió una mirada fulgurante. Los chicos se marcharon enrabiados, dando al salir un fuerte portazo. ¡Ahora resulta que no nos podemos hacer con la escalera! —dijo Jack, furioso—. No sabes cuánto lo siento, Peter.

—No te apures —dijo Peter alegremente—. Sencillamente, no saltaremos la tapia, eso es todo. Entraremos por una de las puertas. Vamos, chico, alégrate. ¡Verás qué interesante resulta!

Los dos chicos salieron del jardín y entraron en el prado de atrás, siguiendo su camino por la vereda que conducía a la calle donde estaba «Bartlett Lodge».

Una vez allí, miraron cuidadosamente a un lado y a otro de la calle.

—No hay ni un alma a la vista —dijo Jack—. Pienso que si vamos andando indiferentemente hasta la primera puerta y nos colamos de golpe por ella, seguro que nadie nos verá. Vamos. Si aparece alguien en el camino, pues no entramos, simplemente: volvemos al, punto de partida a esperar a que no haya moros en la costa.

Se acercaron rápidamente a la primera puerta. Como no había nadie que pudiera verlos les fue fácil internarse en el jardín de «Bartlett Lodge». Una vez dentro, se escondieron apresuradamente tras unos matorrales para asegurarse de que nadie los había visto entrar. No se oyó ni una voz gritar o llamar la atención, por lo que pudieron considerarse seguros. Salieron de su escondite y se encaminaron sigilosamente hacia la enorme mansión.



—Es un sitio lúgubre, ¿verdad? —dijo Jack en voz baja—. Las cortinas de todas las ventanas están corridas. Vamos a atravesar la explanada lo más aprisa que podamos.

Atravesaron corriendo la pequeña explanada topándose inopinadamente con dos hombres. Uno de ellos era Jorge Grim y el otro un señor alto y elegantemente vestido, tocado con un sombrero hongo y que llevaba un fino paraguas. Los dos abordaron a los sorprendidos muchachos.

—¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —dijo el jardinero al momento, mientras agarraba a Jack antes de que éste pudiera escaparse.

Lo sujetó por el brazo tan fuertemente que hizo chillar al pobre muchachito.

—¡Ja! ¡Tú eres el chico aquel que decía que su aeroplano se había metido en el

jardín!, ¿verdad? —dijo Grim, sacudiendo a Jack como si fuese un ratón—. ¡Sí! ¡Tú eres el que se asomó por la tapia y me llamó! ¿Y qué haces ahora aquí? Si es que quieres...

—¡Suélteme! —gritó Jack—. Me hace daño.

Grim lo sacudió de nuevo.

—¡Ni soñarlo! ¿No eres tú el que entró en este jardín pisoteando la hierba? ¿No eres tú el que trepó por ese árbol y se metió en el balcón? ¡He visto tus pisadas! ¡Y las que dejaste cuando subiste al árbol! ¡Ya lo creo que las vi! ¿Qué estabas haciendo allí? ¡Me gustaría saberlo!

—El aeroplano aterrizó en ese balcón, eso es todo —dijo Peter—. Y trepamos por el árbol para rescatarlo. No tuvimos más remedio que dejar huellas, pero no estropeamos nada: sólo pisamos hierbajos.

—Escucha, mozalbete —dijo el otro hombre, con una voz agradable y bien modulada—. Sabes muy bien que es una cosa muy grave el haberse introducido subrepticamente en una propiedad privada. Y si lo habéis hecho ya dos veces, a juzgar por lo que dice Grim, temo que os vayáis a ver metidos en un verdadero lío. ¿Cuáles son vuestros nombres y direcciones?



Al oír esto, Peter se sintió invadido por el terror. ¡Si su padre se enterase le iba a dar una reprimenda mayúscula! ¡Y lo mismo el padre de Jack!

—Se lo digo de verdad, señor; no hemos venido a hacer nada malo —dijo.

—Decidme lo que habéis venido a hacer aquí esta tarde, o le diré a Grim que os lleve a la policía —dijo el desconocido, severamente—. No soy persona que deje que los chicos malos hagan esta clase de fechorías. Si me decís la verdad, quizá cambie

de parecer.

—Señor —dijo Peter, desesperado—. ¡Se la queremos decir, desde luego! Nuestro aeroplano pasó volando por encima de la tapia y se posó en aquel balcón.

Y Jack y yo vinimos para recuperarlo. Yo subí al balcón trepando por el árbol; y, justamente cuando me disponía a bajar eché una mirada alrededor y vi algo raro que me llamó la atención.

Grim y el desconocido miraron fijamente a Peter.

—Y ¿qué cosa rara fue la que viste? —preguntó éste.

—Las cortinas del balcón no estaban del todo corridas —dijo Peter—. Cuando miré entre ellas vi una luz de gas encendida dentro de la habitación de detrás. ¡Señor! ¡Es verdad que la vi!

—Y hemos vuelto esta tarde para subir otra vez al árbol y comprobar si todavía estaba encendida —dijo Jack, todavía inmovilizado por la fuerte mano de Grim—. Y si era así se lo hubiéramos dicho a nuestros padres para que avisaran a la policía, y...

Grim exclamó con fuerte voz:

—¡Qué dices! ¿Que has visto una luz encendida? ¡Eso es imposible!

Se dirigió hacia el otro hombre.

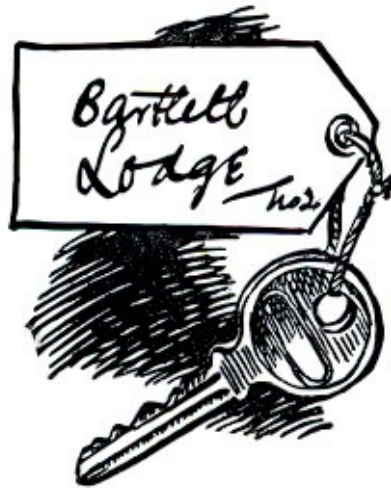
—Señor, usted tiene las llaves de esta casa. Usted ha venido del Banco para comprobar si todo está en regla, ¿verdad? Pues bien: la llave de paso del gas está cerrada. ¡Lo que dice este chico es mentira! ¡No puede haber una luz de gas donde no hay gas!

—Le digo que yo he visto el gas encendido —dijo Peter—. Yo mismo me quedé sorprendido.

—Bien. Esto es una historia muy curiosa —dijo el hombre del sombrero hongo—. Yo soy el señor Frampton, empleado del Banco, y he venido aquí esta tarde para pagar a Grim su jornal y ver si todo estaba en orden. Vosotros parecéis buenos chicos, no los pequeños truhanes que creí al principio. Sin embargo, si en la casa no puede haber gas porque está cerrada la llave de paso, convendréis en que es muy difícil creer lo que habéis contado.

—Señor, usted tiene las llaves, ¿verdad? —dijo Peter ansiosamente—. ¿No podría usted entrar en la casa y comprobar si realmente está cerrada la llave de paso del gas y subir a la habitación del balcón en que yo vi la llama? Creo que es lo mejor.

—Bien... sí, aunque creo que perderé el tiempo —dijo el señor Frampton, metiendo la mano en el bolsillo de la americana y sacando una llave que tenía una etiqueta con la dirección «Bartlett Lodge», número 2—. Pero quizás en el fondo sea mejor que vaya. Suelte al muchacho, Grim. Me siento inclinado, a pesar de todo, a creer que son unos buenos chicos. Vamos a ver: ¿cuál es la llave de la puerta principal? Ah, ésta es. ¡Iremos a comprobar si hay algo de verdad en esta extraordinaria historia!



Poco tiempo después estaban todos en el gran vestíbulo de «Bartlett Lodge». Grim, con la hosca mirada de siempre, condujo al señor Frampton a la cocina, y le enseñó las llaves de paso del gas, del agua y el contador de la electricidad.

—Todo está cerrado, señor, como usted mismo puede ver —dijo. El señor Frampton observó atentamente y movió la cabeza.

—De acuerdo. Ahora iremos a la habitación de arriba donde se supone que está encendida la misteriosa llama de gas. ¡Dígame el camino, Grim, dígame el camino!

Peter está muy irritado

Grim los llevó por una espaciosa escalera hasta un gran rellano. Luego continuaron subiendo y llegaron al segundo piso. La casa aparecía muy oscura debido a que tenía corridas todas las cortinas y el señor Frampton dio dos o tres tropezones. Olía a húmedo y cerrado por todos los sitios.

—Ésta es la habitación del balcón, señor —dijo Grim abriendo la puerta. La luz entraba en la habitación por la rendija que dejaban entre sí las cortinas, que no estaban completamente corridas. Grim cruzó la habitación, y las apartó, metiendo tal ruido que hizo saltar a los demás.

Peter dirigió la mirada a la chimenea de gas. Sí, allí estaba la chimenea, pero bien apagada. La siguió observando ceñudo y en silencio, incapaz de creer lo que veían sus ojos, porque él había tenido la certeza de que allí tenía que estar la misma llama de gas que había visto desde el balcón, pero ahora estaba bien apagada.

El señor Frampton golpeó el suelo con el paraguas, un un gesto de impaciencia.

—¡Vaya! Nos habéis contado una historia magnífica, ¿no es así, muchachos? Como podéis ver, no hay luz de ninguna clase ni puede haberla porque la llave de paso del gas está cerrada. ¿Es que no tenéis otra cosa que hacer más que inventar historias de éstas? Me dejáis pasmado. Parecía, ciertamente, buenos muchachos. Bueno, Grim, tendremos que llevarlos a la policía para que expliquen allí su fantástica visión, y luego veremos qué es lo que opina la policía sobre el particular.

Grim movió la cabeza.

—Me parece que la policía tiene cosas mejores que hacer que escuchar tonterías de esas, señor. El chico lo ha hecho todo con la idea de divertirse con su amiguito y la historia la ha inventado como excusa por haberse colado en el jardín.

—¡No es cierto! —exclamó Peter, irritado—. Y tengo además que decirle a usted...

—¡Ya está bien! —dijo el señor Frampton, vivamente—. Tened la bondad de escucharme: no tengo intención de aguantar que chicos como vosotros me hagáis estas trastadas, ya sea que se le caigan pelotas por aquí, o aeroplanos, o cualquier cosa. Y tampoco pienso oír más excusas ni historias. Si Grim hubiera querido llevaros a la policía yo lo hubiera permitido con mucho gusto. Pero ha optado por dejaros tranquilos y en paz, y es lo mismo que yo voy a hacer ahora mismo. Grim, si vuelven a molestarlo, avísame inmediatamente, que yo sabré lo que tengo que hacer.

—Está bien, señor —dijo Grim, con acento de extremada complacencia.

—Pero, señor, he notado otra cosa que... —empezó Peter, desesperado.

—¡Silencio! No quiero oír ni una palabra más —atajó el señor Frampton—. Pensé que erais unos chicos honrados. Al parecer, me equivoqué. Ya podéis marcharos de aquí cuanto antes, no vaya a ser que os atice con el paraguas.



Peter miró al señor Frampton de un modo tan intenso, que Jack se quedó estupefacto. ¿Qué tendría que contarle ahora? Había pruebas suficientes de que estaba equivocado: ¿por qué se empeñaba en interrumpir y explicar cosas? Cogió del brazo a Peter y lo llevó hasta la escalera.

—Vámonos ya, tozudo —dijo—. Entra en razón de una vez. Te has equivocado y no tienes ya nada que decir sobre el asunto.

Grandemente irritado, Peter bajó con Jack las escaleras, dirigiéndose en seguida ambos a la puerta principal de la casa. La cerró de un gran portazo, produciendo un ruido que retumbó por todo el edificio. Jack, asustado, dio un salto y miró estupefacto a Peter.

—¿Qué es lo que te pasa? —le dijo—. ¿No será que estás furioso por haberte equivocado, viejo?

Peter no contestó. Se limitó a coger a Jack por el brazo y llevarlo rápidamente hasta la calle. Tampoco pronunció palabra mientras iban por la estrecha vereda que conducía al prado. Sólo se dignó abrir la boca y dirigir la palabra al perplejo y asustado Jack cuando ya habían recorrido la mitad del prado.

Se volvió y se encaró con él.



—Conque piensas que estoy equivocado, ¿no? —dijo—. Pues bien: no lo estoy. El gas estaba ciertamente encendido cuando miré por el balcón. Me importa un comino que todas las llaves de paso estén cerradas. «Aquello estaba encendido». Alguien ha entrado en la casa y lo ha hecho. ¡«Alguien» ha estado en esa habitación y ha hecho también otras cosas además de encender el gas!

Jack miró a Peter, sorprendido.

—¿Qué otras cosas? —dijo—, y ¿por qué no se lo dijiste al señor Frampton?

—¡Lo he «intentado», sabes de sobras que lo he intentado! —gritó Peter—. ¡Y siempre que quería hablarle, el señor Frampton me interrumpía y me hacía callar! ¡No le diré absolutamente nada! ¡Yo mismo resolveré el misterio!

—Aguarda un momento, Peter. Óyeme: ¿qué otras cosas hizo esa persona además de encender la chimenea de gas? —preguntó Jack, pensando que su amigo debía de estar algo loco.

—Escucha: ¿no te acuerdas que te dije que había entrevisto una cosa extraña en la habitación, además de la luz de gas, ayer por la mañana? —preguntó Peter—. ¿No te acuerdas que no pude acabar de enterarme bien de lo que era porque en aquel momento me llamaste desde abajo?

—Sí, lo recuerdo —dijo Jack—. ¿Qué era, pues, aquello?

—Pues bien: vi una planta en una maceta —dijo Peter—. Una planta igual que otra que tiene mi madre en el invernadero y que se llama primula. Sus flores son más bien grandes y parecen claveles reventones. Y pude notar también que la planta no estaba marchita o muerta, como tendría que haber sucedido si la hubiesen dejado encerrada en una casa vacía durante tanto tiempo. Las primulas necesitan que las rieguen con frecuencia.

—¿Crees que alguien ha estado regándola? —preguntó Jack.

—Sí —dijo Peter, empezando a calmarse—. Me fijé muy bien y vi que el mantillo estaba húmedo. Alguien la ha regado no más tarde que ayer. ¡Y noté también algo que tú deberías haber notado del mismo modo si fueses un perfecto miembro del club de los Siete Secretos!

—¿Qué notaste? —preguntó Jack, sorprendido otra vez.

—Noté que el reloj que había en la repisa de la chimenea estaba en marcha —dijo Peter—. Y es un reloj de los que tienen cuerda para ocho días. Por tanto, es seguro que «alguien» le ha dado cuerda en la última semana. También noté que la habitación olía a tabaco. ¡Estoy casi seguro de que alguien ha estado viviendo en la habitación!



—¡Dios bendito! —dijo Jack, lleno de pasmo—. Pero, ¿quién Peter? Y ¿por qué?

—Ésa es cuestión para que la resuelvan los Siete Secretos —dijo Peter—. Ve a buscar a los demás y avísales que mañana por la mañana tenemos una reunión DE GRAN IMPORTANCIA. ¡Y no vayas a decirle a tu fastidiosa hermana ni una palabra! ¡Este asunto es da lo más secreto!

Jack y Peter salieron disparados hacia sus casas.

Peter da sus órdenes

Al día siguiente los Siete Secretos fueron rigurosamente puntuales. Uno detrás de otro, cada miembro pronunció vivamente la contraseña «Golosinas» mientras *Scamper* los saludaba, excitado.

—¿Qué hay de nuevo, Peter? —dijo Jorge, que había visto en él una expresión ceñuda mientras estaba en el cobertizo esperando la llegada de todos—. Parece que estás hirviendo por dentro.

—Sí, es verdad —dijo Peter, sonriendo por un momento pero volviendo en seguida a torcer el gesto. Se veía claro que algo importante iba a ocurrir y los Siete Secretos se sentaron, expectantes, sintiendo una sensación de escalofrío mientras miraban a su jefe. ¿Qué iría éste a decirles?

Con claridad y concisión, Peter les relató la incursión que Jack y él hicieron a «Bartlett Lodge», y cómo fueron atrapados por Grim el jardinero y por el señor Frampton, del Banco, el hombre que tenía las llaves de la casa.

Luego les contó cómo habían persuadido al señor Frampton para que entrara en la casa y averiguara si la llave de paso del gas estaba realmente cerrada o no (los miembros suspiraron cuando se enteraron de que, a pesar de todo, estaba cerrada); después les explicó cómo habían ido a la habitación de detrás del balcón y visto la chimenea de gas apagada (otro suspiro de desengaño) y entonces, y entonces...



La siguiente parte del relato fue, por supuesto, verdaderamente emocionante, sobre todo cuando les contó lo del reloj en marcha. Los miembros contemplaron a Peter con verdadera admiración. ¡Ése sí que era un jefe! ¡Se había comportado como un detective de primera clase, y como un héroe había hecho frente a Grim y al hombre del Banco!

—¡Si hubieseis visto a Peter cuando nos marchábamos de la casa! —dijo Jack, cuando Peter terminó su narración—. ¡Estaba tan furioso que por poco arranca los goznes de la puerta al cerrarla con tanta fuerza! Y tenía la cara roja como fuego.

—Ya está bien —dijo Peter, cuyo rostro habíase vuelto de nuevo encarnado como el fuego por el rubor que le causaban las palabras laudatorias de Jack—. Cualquiera hubiera hecho lo que yo. Intenté más de una vez decirle al señor Frampton lo del reloj, lo de la planta y lo del olor a tabaco, pero no quiso escucharme, simplemente.

—¡Habrás visto hombre tan estúpido! —dijo Bárbara—. Pensar que pudo haber notado todas esas cosas y ni siquiera se dio cuenta... Aunque Jack tampoco adivinó nada, ¿verdad?

—Basta, Bárbara —dijo Peter de nuevo, viendo que Jack, a su vez, empezaba a ponerse encarnado—. Nos ha llegado a las manos un asunto particularmente misterioso y hemos de esclarecerlo nosotros mismos. Se trata de algo que merece que los Siete Secretos nos rompamos la cabeza en ello. Hay que averiguar qué es lo que ha ocurrido en esa casa, y si alguien ha podido esconderse en ella a espaldas de Grim y del señor Frampton, y si el mismo Grim sabe algo del asunto. Y también cuál es la causa de que haya visto yo las anomalías que os he contado, en el caso de que nadie esté allí escondido.

—Podemos empezar por averiguar si Grim es tan honrado como dice su fama —dijo Jorge—. Y si es así lo descartaremos.

—Sí, es una buena idea —dijo Peter—. ¿Sabéis alguno con quién trabajaba Grim anteriormente?

—Con mi abuelita estuvo un año —dijo Pamela—. No me era entonces nada simpático, porque no me dejaba pellizcar uvas verdes a la hora del té.

—¡Hum! Eso suena a honrado más que a otra cosa —dijo Colín.

—Por supuesto —dijo Jorge—. Sería aconsejable que Pamela le hiciese a su abuelita algunas preguntas sobre el jardinero, ¿verdad, Peter?

—Sí. Ése es el trabajo que te toca hacer hoy, Pamela —dijo Peter—. Quiero una información de ello esta misma tarde.

—Está bien —dijo Pamela, sintiéndose importante y escribiendo el encargo en su block de notas, aunque sabía que no podría olvidársele.

—Debemos también averiguar dónde vive Grim y si pasa todas las noches en su casa —dijo Peter—. Puede incluso ser posible que Grim encuentre agradable y confortable la estancia en «Bartlett Lodge». A lo mejor tiene una esposa antipática y gruñona, y por eso, para no estar con ella, duerme en esa casa. Apuesto a que conoce la manera de entrar, aunque no tenga las llaves, como creo.

—Eso es ir demasiado lejos adivinando cosas —objetó Bárbara—. Me refiero a lo de tener una mujer gruñona.

—No podemos descartar ninguna posibilidad —dijo Peter firmemente—. Nunca debe decirse que se va demasiado lejos haciendo conjeturas en este asunto. Grim representa un importante papel en el misterio. Mientras más cosas sepamos de él, mejor.

—Está bien —dijo Bárbara—. ¡Confío en que no me hagas ir a visitar a la mujer gruñona!

—Pues sí, tendrás que hacerlo —dijo Peter, ante el horror de Bárbara—. Podéis ir juntas Janet y tú, en cuanto hayáis averiguado dónde vive. Quizá la abuelita de Pamela os lo pueda decir.

—También podríamos averiguar si es honrado el señor Frampton —dijo Jack, que empezaba a pensar que, con relación al misterio, había que hacer una investigación a fondo.

—Sí. Eso se lo puedo preguntar a mi padre —dijo Peter—. Supongo que lo conocerá, o, por lo menos, habrá oído hablar de él. Pero no creo que el señor Frampton esté complicado en el asunto.

—¿Qué más hay que hacer? —preguntó Jorge.

—Pues bien. Cuando hayamos averiguado lo que sea sobre Grim y tengamos formada una opinión de él, pienso montar una vigilancia en «Bartlett Lodge» —dijo Peter, con acento de detective profesional—. Hay allí un buen cobertizo desde el cual puede verse la puerta de la cocina, adonde supongo que irá muchas veces cualquier misteriosa persona que entre y salga de la casa. Cualquiera de nosotros puede hacerlo. Estoy completamente decidido a seguir la pista de la persona que vive secretamente en la habitación de detrás del balcón.

—Es terriblemente emocionante —dijo Pamela, casi sin aliento—. Eres un magnífico jefe, Peter, te lo digo de verdad.

—Lo mismo digo yo —dijo Jack. Los demás estuvieron de acuerdo.

—Bien. Pronto vamos a ver si lo soy o no —dijo Peter, levantándose—. ¡El tiempo lo dirá! Oh, a propósito, hay que cambiar nuestra contraseña. La de ahora hace ya bastante tiempo que la usamos.

—¿Cuál pondremos? —preguntó Jack.

—«Grim» —dijo Peter, sonriendo—. Precisamente ésa: ¡«Grim»! ¡Y que nadie la olvide!

Las chicas lo hacen muy bien

Pamela se sentía muy importante cuando fue a ver a su abuelita después de comer. Llevaba su block de notas en el bolsillo de la chaqueta y un lápiz nuevo y afilado.

«Escribiré en el block todos los detalles para que Peter los lea —pensó—. Qué divertido es pertenecer a los Siete Secretos: no sabemos NUNCA qué clase de trabajo nos va a venir».

La abuelita estaba en el jardín entregada a la tarea de cortar narcisos con unas tijeras. Se alegró mucho de ver a Pamela.

—¡Hola, Pamela! —dijo—. No te esperaba esta tarde. ¿Has venido a tomar el té conmigo, querida?

—No, abuelita, temo que no podré —dijo Pamela—. Es que he recibido órdenes de Peter para hacerte una entrevista y hablar de alguien.

—¡Ay, qué gracia! —dijo la abuelita, sorprendida—. ¿Una entrevista a mí? ¿Y sobre qué?

—Sobre el jardinero que tuviste una vez y que se llama Jorge Grim —dijo Pamela sacando del bolsillo el block de notas—. Has de saber, abuelita, que los Siete Secretos estamos otra vez metidos en un misterio, y queremos saber cosas de Grim, porque creemos que tiene algo que ver con el asunto.

—¡Vosotros y vuestros misterios! —dijo la abuelita, riendo—. Verdaderamente, sois divertidos. Bien, bien, si son órdenes de Peter, puedes hacerme la entrevista. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Era Grim honrado, abuelita, cuando trabajaba aquí? —preguntó Pamela.

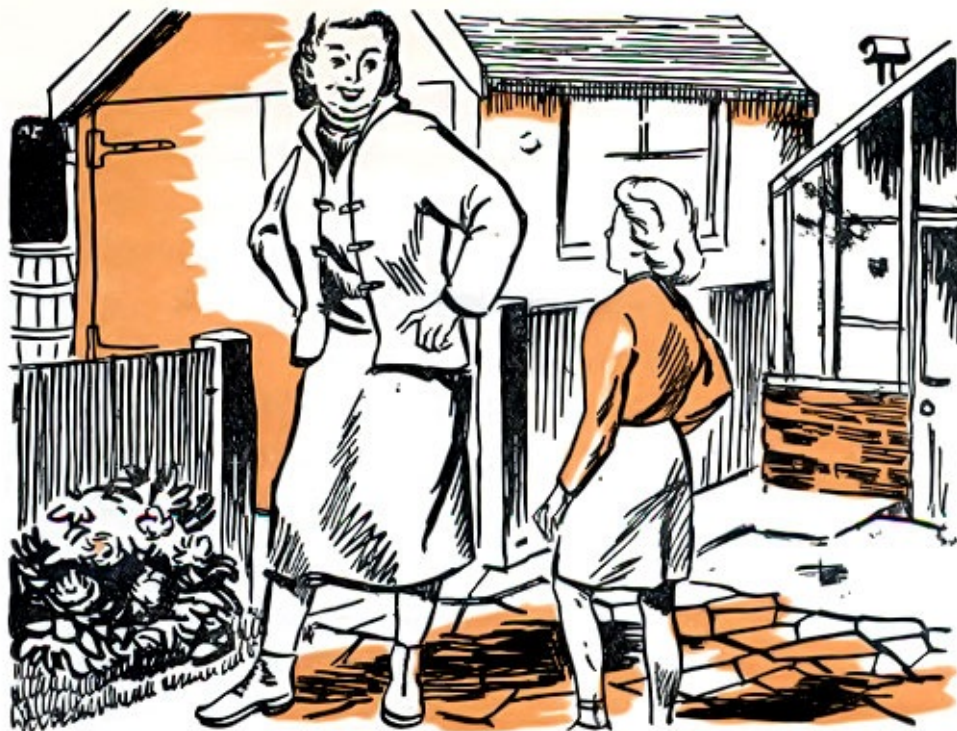
—Absolutamente —dijo la abuelita. Pamela escribió la contestación en el block, sin confiar mucho en su ortografía. Puso «asolutamente honrado».

—Y... ¿cuidaba también de la casa cuando os marchabais fuera? —preguntó Pamela.

—Sí: en el tiempo que trabajaba aquí, él y su mujer vivieron en esta casa durante un mes, mientras estábamos fuera —dijo la abuelita—. Y su mujer lo dejó todo resplandeciente de limpio. Era delgada y pálida, y siempre estaba tosiendo: lo recuerdo.

—Espera un poco, que estás hablando muy de prisa —dijo Pamela, escribiendo a marchas forzadas todo lo que había oído—. ¿Cómo se escribe «resplandeciente»? Ah, sí, ya sé.

—¿Más preguntas? —dijo la abuelita, divertida—. Pareces un policía interrogándome, Pamela.



Pamela rió. Estaba realmente disfrutando con su trabajo y no podía evitar parecerle que lo estaba haciendo muy bien. Detuvo el lápiz y empezó a pensar la pregunta siguiente.

—Y... ¿te faltaba algo cuando volviste? —dijo.

—¡Nada en absoluto! —dijo la abuelita—. Y lo que es más: la señora Grim había preparado una gran cantidad de mermelada para nosotros, y fruta en compota, y no quiso cobrar ni un penique, porque decía que lo había pasado muy bien aquí. Puedo decir que la mujer parecía muy mejorada después de haber estado aquel mes en esta casa. Querida: ¿crees que hablo muy de prisa? Deja que escriba yo las respuestas.

—Oh, no —dijo Pamela al momento—. Éste es mi trabajo, abuelita. Vuelve a decirlo toda otra vez y entonces lo podré terminar. «Mejorada» se escribe con jota, ¿verdad?

—Es lo más frecuente —dijo la abuelita—. Bien, bien. Quiero decir también que admiro mucho a los Siete Secretos: sabéis investigar las cosas a fondo. ¿Quieres quedarte a tomar el té?

—Me gustaría poder hacerlo, pero Peter necesita la información para esta misma tarde —dijo Pamela—. Bueno; muchísimas gracias, abuelita. Me has dado unas noticias sorprendentes. Habíamos sospechado de Grim.

—¿Qué cosa mala podía estar haciendo Grim? —preguntó la abuelita, vencida por la curiosidad.

—Oh, es un secreto —dijo Pamela—. Nosotros nunca hablamos de nuestros misterios mientras estamos resolviéndolos. Adiós, abuelita, y gracias.

Pamela saltaba de contento cuando salió de la casa con el block de notas bien seguro en su bolsillo. Peter casi nunca le confiaba cosas importantes, y ella se sentía

muy orgullosa de haber tenido la idea de escribir las contestaciones de su abuelita. De hecho, pensaba que era muy sagaz.

Peter y los otros tres chicos estaban en el cobertizo con *Scamper* cuando llegó Pamela.

—¡«Golosinas»! —dijo, mientras daba golpes en la puerta. Pero nadie contestó—. ¡Dejadme entrar! —gritó Pamela—. He dicho la contraseña.

—Usted no la ha dicho, quienquiera que sea —contestó Peter.

—¡Soy Pamela, y sabéis de sobras que lo soy! —dijo Pamela, indignada—. Traigo una porción de informaciones. Dejadme entrar.

—Contraseña, por favor —dijo Peter.

—Pero si ya le he d... —empezó Pamela, cuando de pronto recordó la nueva contraseña—. ¡Oh, Peter, lo siento! ¡«Grim», «Grim», «GRIM»!

—Con una vez basta —dijo Peter, y abrió la puerta—. ¿Qué? ¿Has visto a tu abuelita?

—Sí —dijo Pamela, radiante de contento—. Aquí están las notas que he tomado, con mis preguntas y las respuestas de la abuelita. Todo lo he dejado escrito.

Peter cogió el block de notas y lo leyó en voz alta, con gran regocijo de Pamela. Luego lo cerró y movió la cabeza significativamente.

—Muy bien, Pamela, un trabajo bien hecho. Por lo visto, Grim es bastante honrado, lo mismo que su mujer. De hecho, ella parece simpática. Realmente para mí ha sido una sorpresa, porque no podía evitar la aprensión que me producía el mal carácter del viejo Grim, del cual llegué a pensar que había entrado en «Bartlett Lodge». Por tanto hay que sacar la conclusión de que quien ha entrado en la casa es «otra» persona y sin que lo sepa Grim, porque, en otro caso, lo habría denunciado, teniendo en cuenta que, como dice tu abuelita, el jardinero es absolutamente honrado.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo Jorge—. Supongo que al final acabaremos averiguando quién es el que se esconde en la casa.

—Sí. Podemos ir a vigilar la puerta de la cocina, como ya dije —decidió Peter—. Hola: aquí llegan Janet y Bárbara. Han ido a averiguar cosas de la mujer de Grim. ¡Me extrañaría que se acordasen de la nueva contraseña!

Llamaron a la puerta.

—«Grim» —dijo Janet, soltando una risita—. El señor Grim.

—¡Y la señora Grim! —dijo Bárbara. Peter abrió la puerta, enfurruñado.

—Entrad, tontas —dijo—. Y contadlo todo.

Las dos chicas entraron en el cobertizo y tomaron asiento. *Scamper* les dio una impresionante bienvenida.

—¡Hola, Pamela! —dijo Janet—. ¿Qué ha dicho tu abuela sobre Grim?

—Oh, ha dicho que es absolutamente honrado —dijo Pamela—. Aquí están las notas de lo que me dijo. Todo lo he escrito en el block.



Janet y Bárbara se quedaron muy impresionadas al leer las notas.

—No has escrito bien la palabra «absolutamente» —espetó Bárbara—. Oh, Peter, nosotras no hemos tomado notas por escrito. Nos hemos limitado a preguntar cosas, pero recordamos las respuestas.

—Eso está bien —dijo Peter—. Janet: ¿cómo ha ido la cosa? Haced el favor de contarlo.

—Pues bien: fuimos a la casa de Grim —dijo Janet—. Le pregunté la dirección al cartero y me la dijo muy amable. Oh, Peter, se trata de una barraca horrible, verdaderamente horrible.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es? —preguntó Peter.

—Está junto al canal y tan hundida que las aguas le llegan al nivel del suelo —dijo Janet—. Ya sabes que este año ha llovido mucho y eso ha hecho subir bastante las aguas del canal. Han inundado el jardín de la barraca...

—Y el suelo, que es de tierra, está terriblemente húmedo —dijo Bárbara—. Y fíjate además que la valla del jardín está llena de verdina y hongos. Es horrible.

—Está todo también muy poco cuidado. Dios mío, las barracas que tiene papá en nuestras granjas parecen palacios al lado de ésta: nunca permitiría que se descuidasen de esa manera. No puedo comprender cómo Grim puede soportar el vivir allí. Tiene además un agujero en el techo, con las tejas caídas.

—No me extraña nada que lo pasaran tan bien cuando estuvieron viviendo aquel verano en casa de mi abuelita —dijo Pamela—. Ahora me explico que mi abuelita encontrase a la mujer de Grim delgada y enferma. Es natural, si vive en una barraca tan húmeda y maloliente, casi dentro mismo del canal.

—Es raro que quieran seguir allí —dijo Jack.

—Es muy difícil hoy día encontrar una barraca en buenas condiciones —dijo Jorge—. Sobre todo, de poco alquiler. ¿Has averiguado algo sobre la mujer de Grim, Janet? ¿Llegaste a verla?

—No, no la vimos —dijo Janet—. Pero hablamos con una vecina que tiene su barraca en mejor sitio: a más altura, donde no llega la humedad. Nos vio rondando

por la de Grim y nos llamó para preguntarnos qué era lo que buscábamos.

—Y le dijimos que estábamos sólo mirando esa vieja y extraña barraca —dijo Bárbara—. Por supuesto que ésa era la verdad. Y le preguntamos que quién vivía allí, aunque sabíamos ya que era la casa de Grim.

—Hicisteis bien —dijo Peter, aprobador—. Sigamos. ¿Qué más os contó la vecina?

—Pues bien, nos dijo cosas que ya sabíamos: que Grim era un trabajador a jornal y que ahora se dedicaba a cuidar el jardín de «Bartlett Lodge», y que todas las tardes volvía a casa a eso de las seis. También dijo que su mujer no estaba bien de salud y que por eso él tenía que hacer la compra diaria de la casa y también la cena. Y dijo que la señora Grim era una mujercita muy simpática...

—Y quiere mucho a Grim —dijo Bárbara, deseosa de informar ella también—. Es fantástico que haya una persona que quiera al bruto ese del jardinero.

—La señora Grim debe de estar muy enferma —dijo Janet—. Su vecina dice que hace lo menos una semana que no sale de la barraca para tender la ropa. ¡También eso lo hace ahora Grim!

—Bien. Al parecer, pues, el hombre ese es una buena persona, aun cuando tenga muy mal genio —dijo Peter, algo asombrado por las noticias que acababa de oír—. La abuelita de Pamela dice que es honrado a carta cabal, y si además hace todo eso por su mujer, debe de ser muy bueno.

—Supongo que el vivir en una barraca tan húmeda le habrá agriado el carácter —dijo Bárbara, que estaba realmente impresionada de pensar que había personas que vivían en tan mísera covacha.



De pronto los Siete se dieron cuenta de que sus informaciones no habían aportado ningún dato de interés al misterio que pretendían resolver. De hecho, las noticias que habían obtenido borraban a Grim del escenario, y los dejaban sin nadie sospechoso sobre el que desarrollar sus investigaciones, exceptuando quizás al señor Frampton, el hombre del Banco. Pero Peter tenía algo que decir acerca de él.

—Es una persona excelente. Mi padre lo conoce desde hace mucho tiempo —dijo Peter—. Como por casualidad, le dije que me había encontrado al señor Frampton, y papá dijo: «Oh, Frampton: es una excelente persona. Es muy amigo mío. ¿Dónde te lo encontraste?».

—Vaya, y ¿qué le contestaste a «eso»? —preguntó Jack, recordando el encuentro con el hombre y lo cerca que había estado de meterse en un lío serio—. ¿Qué le contestaste?

—Pues bien: *Scamper* empezó a ladrar en ese mismo instante y yo, en vez de contestar, le hice a *Scamper* una pregunta —dijo Peter, riendo—. Le dije: ¿viene alguien? ¿Quién viene, viejo? Voy a ir a ver a quién le estás ladrando. Y nos salimos de la habitación los dos.

Hubo otro silencio. Una fría y triste sensación se iba poco a poco apoderando de los Siete Secretos. ¿Qué podrían hacer ante tales resultados? ¿Es que había, acaso, alguna cosa que hacer, excepto lo que había sugerido Peter de vigilar la puerta de la cocina de «Bartlett Lodge» desde el cobertizo que había enfrente? Pero ellos «sabían» que Grim no era el que se había metido en la casa. ¿Podrían descubrir, a pesar de todo, a algún intruso? ¡No podían vigilar «todas» las puertas y ventanas! Hubiera sido bastante lógico ponerse a vigilar la puerta de la cocina cuando creían que era Grim el que entraba y salía de la casa. Pero ¿y si el intruso, quienquiera que fuese, se limitara simplemente a estar escondido en ella, abriendo de vez en cuando la llave de paso del gas cuando tuviera frío o quisiera cocer algo?

—Hagamos planes —dijo Peter al final—. ¿Alguien tiene alguna idea aprovechable?

—Bueno, Peter —dijo Jack—: lo único que se me ocurre es que uno de nosotros trepe por el árbol y vaya al balcón por la noche y espere a que se encienda la luz de la habitación y mire luego por entre las cortinas para ver quién es el que la ocupa. Ésta es mi opinión.

Un descubrimiento asombroso

El resto de los Siete miraron a Jack con admiración.

—¿Cómo es que no se nos había ocurrido eso antes? —dijo Peter—. Por supuesto que cualquiera que esté escondido en la casa se considerará completamente seguro por la noche a la hora en que ya se ha marchado Grim y no hay tampoco nadie por los alrededores. ¡Podemos descubrir algo muy interesante si vamos allí por la noche!

—Yo quiero ir —dijo Jorge, rápidamente.

—Iremos «todos» los chicos —dijo Peter—. Uno de nosotros puede ponerse a vigilar en la puerta para avisar a los demás si alguien se acerca. No tenemos necesidad de que nos descubran. Otro puede quedarse al pie del árbol para avisar en el mismo caso a los que estén en el balcón. Subiremos Jack y yo: creo que es mejor. Ya lo hemos hecho otra vez.

—¿Puedo ir yo con vosotros? —dijo Janet, vehementemente—. ¡Es una cosa muy emocionante!

—No, tú no irás —dijo Peter—. Ni ninguna de las otras chicas. Muchachos: ¿podremos encontrarnos esta noche?

—Podríamos ir al cine —dijo Jack—. Nos saldríamos alrededor de las ocho, antes de que acabase el programa, y nos iríamos a «Bartlett Lodge».

—Buena idea —dijo Peter—. Está muy bien. Nos encontraremos en el cine. Vosotras, chicas, si queréis podéis ir también, pero deberéis quedaros hasta que acabe la sesión, si es que vuestros padres os dejan trasnochar tanto.

—Los míos no me dejarán: por lo menos eso creo —dijo Bárbara, tristemente—. Oh, querido, ¿por qué sois siempre los chicos los que os lleváis la mejor parte? Yo no podré dormir esta noche, pensando en las cosas que os estarán pasando a vosotros.

Una agradable excitación se apoderó de los Siete Secretos durante el resto del día. En ella participó también *Scamper*, el cual se sintió gravemente defraudado cuando, después del té, Peter y Janet se marcharon sin él.

Se sentó tristemente en un rincón. ¡Mucho tiempo había de pasar antes de que pudiera volver, como de costumbre, a ladrar, saltar y mover alegremente la cola!

Los Siete Secretos no prestaron mucha atención a la pantalla del cine, aun cuando proyectaban una bonita película, que se refería a un caballito salvaje de la clase que a ellos tanto les gustaba. Durante la sesión, los chicos se removían en los asientos y consultaban sus relojes, ansiando que llegase la hora de marchar y meterse de lleno en su aventura nocturna.



A las ocho menos diez, Peter susurró a Jack:

—¡Bueno, vámonos ya! ¡No puedo resistir ni un minuto más! Avisa a los otros. Las chicas, ya lo sabes, deben quedarse.

Las chicas vieron, envidiosas, cómo los cuatro dejaban sus asientos. Peter iba al frente. Ya era de noche y todos iban provistos de linternas. Estaba nublado. No se veía una sola estrella en el firmamento.

Se dirigieron a la casa de Jack y cruzaron sigilosamente la puerta de atrás.

—¡Que no nos oiga Sussy! —dijo Jack en voz baja—. Anda por aquí esta noche.

Pero no había ni rastro de la enojosa Sussy, para alivio de Peter. Cruzaron el prado de detrás de la casa, dirigiéndose a la pequeña senda que comunicaba por la calle donde estaba «Bartlett Lodge».

—Alto —dijo Peter, cuando ya hubieron llegado—. Ya conocéis la misión de cada uno. Tú, Colín, vigila desde la puerta. Si alguien se acerca, imita el canto del búho. Jorge: tú te pondrás al pie del árbol por donde vamos a trepar hasta el balcón. Si oyes algo sospechoso, imita también el canto del búho. Jack: ¿tienes lista la linterna? La necesitaremos para subir por el árbol.

Jack, al igual que Peter, se puso la linterna entre los dientes para poder trepar. Con ello podían a la vez usar las dos manos y saber por dónde iban, aunque se desenvolvían con cierta dificultad.

Colín quedó en su puesto cerca de la puerta, escondido entre unas matas. Jorge, al pie del árbol, oído atento a cualquier ruido sospechoso. Oyó cómo Jack y Peter subían cautelosamente por el árbol. Pudo oír también el roce de sus zapatos de goma contra la piedra del balcón, mientras lo escalaban. Los dos escaladores, de repente, se sintieron profundamente decepcionados. No podrían mirar la habitación a través de las cortinas. Alguien las había corrido a conciencia y no dejaban ya la ranura por la que miraron la primera vez. ¡Verdaderamente, era decepcionante!



—¡Mira eso! ¡No nos será posible vigilar la habitación! —susurró Jack.

—Sí, ¡pero eso prueba que alguien ha estado en la habitación otra vez! —dijo Peter—. Incluso es posible que esté en la casa «ahora».

Aplastaron las narices contra los cristales de las cerradas ventanas intentando en vano ver a su través. No vieron nada, pero de repente oyeron ruidos, ruidos que con seguridad se producían dentro de la habitación.

—¡Oye! —susurró Jack—. ¿Qué es eso?

—Eso es una radio que suena muy bajito —dijo Peter—. Apenas la podemos oír. Estoy seguro de que se trata de eso. ¡Es increíble! ¿Quién diablos estará ahí dentro?

Habían apagado las linternas y estaban en completa oscuridad. Estuvieron un buen rato pensando qué hacer. ¿Cómo podría haberse metido el intruso en la casa? El señor Frampton, al parecer, era el único que tenía las llaves; Grim no tenía ninguna. De todas formas, estaba demostrado que ambos eran honrados a carta cabal. Por tanto, otra persona tenía que disponer de llaves, o tal vez se hubiese colado por el hueco de la carbonera. O también quizás había alguna ventana abierta por cualquier sitio. Todas estas cosas las pensaron los dos chicos en un santiamén. De pronto ocurrió algo que los hizo saltar violentamente.

¡Se percibía claramente un canto de búho que provenía de la puerta del jardín! Debía de ser Colín, avisándoles la llegada de alguien. Los chicos quedaron petrificados. Y entonces, para horror suyo, se oyó otro canto de búho, esta vez tan cerca, que volvieron a dar sendos brincos de espanto. Procedía del pie del árbol.



—¡Peligro! —dijo Peter—. No te muevas, Jack. Algo va a ocurrir.

Los dos chicos permanecieron en el balcón quietos como estatuas, conteniendo a duras penas el aliento. Entonces oyeron otro ruido que los aterrizó de nuevo.

—Alguien está trepando por el árbol —susurró Peter al oído de Jack—. ¡Puedo oírlo y veo también la luz de su linterna!

—¿Qué hacemos? —dijo Jack, trémulo—. Nos verán: no podemos escondernos en ningún sitio de este balcón.

—No. Pero podemos saltar rápidamente al árbol y escondernos más alto, en la copa —dijo Peter, arrastrando a Jack. Pudo entonces escuchar por debajo de él el pesado aliento del que subía por el árbol. ¡Menos mal que trepaba muy despacio!

—¡Quieto ahora! —susurró Peter, cuando habían ya saltado al árbol y trepado como unos seis pies más arriba. Entonces permanecieron completamente quietos, espionando el balcón a través de las hojas.

Un hombre trepaba con una linterna en la boca. Entre tanto, otro canto de búho se oyó procedente de abajo. El hombre se apoyó en los pequeños soportes de piedra del balcón y saltó a éste, mientras se quitaba la linterna de la boca. Jack y Peter, desde arriba, pudieron ver el impacto de la luz en el balcón.

El hombre se aproximó a la ventana y dio unos golpes de llamada. Eran unos golpes convenidos: tres largos, dos cortos y, al final, dos largos más. Pam, pam, pam, pam-pam, pam, pam.

Los chicos contuvieron el aliento y miraron cautelosamente a través del follaje de la copa del árbol. Las cortinas se descorrieron y dejaron ver la luz procedente de la habitación. Entonces alguien abrió las ventanas. A la fuerte luz que iluminaba el balcón, Jack y Peter vieron claramente al hombre que estaba allí y lo reconocieron. ¡Apenas podían creer lo que veían sus ojos!

El hombre, a través del ventanal que le habían abierto, se introdujo en la habitación y cerró aquél tras de sí, corriendo completamente las cortinas, de tal manera que no dejaban intersticio alguno por donde mirar.



Sólo cuando se hubo cerrado el balcón se permitieron respirar los dos chicos. Peter agarró a Jack.

—¿Has visto quién era?

—Sí. Era el viejo Grim, el jardinero —dijo Jack, estupefacto—. ¿Verdad que era él?

—¡Sí, era Grim! ¡Quién lo hubiera pensado! ¡El honrado Grim! No me extraña nada que se irritara tanto cuando descubrió nuestras pisadas debajo del árbol y comprendió que habíamos utilizado su camino particular para introducirse en la casa.

—Pero, ¿quién habrá dentro? —dijo Jack, desconcertado—. Debe de ser el que enciende el gas, le da cuerda al reloj y riega la planta. ¿No será un ladrón que se dedica a coger las cosas que haya en la casa, enfardarlas y entregárselas a Grim para que se las lleve a otro sitio?

—¡Cualquiera sabe! —dijo Peter, tan desconcertado como Jack—. Supongo que fue Grim el que se cuidó de cerrar la llave de paso del gas la otra tarde cuando estuvimos en la casa. Seguramente vio las huellas de nuestros pies y se quedó preocupado por si habíamos visto la luz de gas. Por eso, secretamente, cerraría la llave de paso. Así, nadie creería a quien dijese que había visto el gas encendido dentro de la habitación. No puede haber llama si el gas no corre por las tuberías. Parece que el problema está resuelto, pero era un verdadero lío, ¿verdad que sí?

—Es cierto —dijo Jack—. Bueno. ¿Qué vamos a hacer ahora? Creo que será mejor que bajemos, porque aquí ya no podemos hacer nada, al menos por ahora, y Colín y Jorge deben de estar preocupados por nosotros.

Bajaron con gran sigilo por el árbol, procurando no hacer ruido. No se atrevieron a encender las linternas. Tantearon con mucho cuidado los salientes del árbol antes de poner los pies, pero en seguida llegaron abajo.

No había ni rastro de Jorge.

—A lo mejor se ha creído que somos el hombre que subió por el árbol —susurró Jack—. ¿Qué te parece si dijéramos la contraseña, Peter? Entonces sabría que éramos nosotros.

—En eso mismo estaba pensando yo —dijo Peter—. ¡«Grim»! —exclamó con un penetrante susurro—. ¡«Grim»!

—¡Aquí estoy! —dijo Jorge desde un matorral próximo—. ¡Caramba! ¡Cómo me gusta oír la contraseña! Estaba temiendo que fueseis el hombre otra vez. ¿Oísteis mi canto de búho?

—Sí. Y el de Colín también —dijo Peter—. Vamos a ir a buscarlo. ¡El misterio se ha vuelto de golpe mucho más misterioso!

Encontraron a Colín escondido cerca de la puerta principal de la calle y le dijeron la contraseña. Salió de su escondite en cuanto la oyó. Atravesaron después el umbral, internándose en la calle. Luego doblaron la esquina y siguieron su camino por la vereda que conducía al prado de detrás de la casa de Jack. Se detuvieron en medio del prado sin que todavía hubiesen pronunciado palabra.

—¿Quién era ese hombre? ¿Lo pudiste ver? —dijo Colín en seguida.

—¡Era Grim! —dijo Peter—. ¿Verdad que parece increíble? ¡Grim, el hombre a quien habíamos descartado completamente! ¿Qué «puede» estar haciendo allí?

—No dice nada en su favor que deje sola cada noche a su mujer, enferma como está, en aquella terrible barraca —dijo Colín—. Debe de tener un compinche en «Bartlett Lodge» y seguramente están tramando robar en la casa con tranquilidad y paz mientras los dueños están fuera. Ahí es nada sorprenderlos robando una cosa tras otra.

—¿Llamamos a la policía? —propuso Jorge.

—No sé. Casi creo que es mejor decírselo a mi padre —dijo Peter—. Ya sabes que conoce al señor Frampton, el hombre que tiene las llaves de la casa. Él se encargará de adoptar la decisión que más convenga. ¡Quién iba a pensar que se trataba de Grim, a pesar de todo!

—A mí nunca me agradó —dijo Colín—, es un hombre horrible y mal encarado. Será mejor que nos vayamos. Estoy empezando a tener una sensación como si en este prado tan oscuro hubiera un montón de Jorges Grim aguardándonos para zumbarnos de lo lindo. ¡Vámonos!

—Iremos directamente a mi casa y se lo contaremos a mi padre —dijo Peter—. Podéis venir todos conmigo: así me ayudaréis. Hay muchas cosas que decirle. Pero

vayamos primero al cine a ver si podemos encontrar a las chicas. Todavía deben de estar allí.

Fueron a la calle donde estaba el cine. Era el final del programa, y las chicas salían entre la muchedumbre. Peter se les acercó corriendo.

—¡Eh, chicas! Venid con nosotros. Ha ocurrido algo extraordinario y vamos a contárselo a mi padre. ¡Él decidirá lo que haya que hacer!

El padre de Peter interviene

Los cuatro contaron a las excitadas chicas todo lo que había sucedido. Cuando llegaron a la parte en que Jack y Peter habían oído que alguien subía por el árbol para meterse en el balcón, Pamela profirió un penetrante chillido.

—¡Oh, yo me habría quedado muerta de miedo! ¿Quién era? ¡Cómo me alegro de no haber estado allí en aquel momento!

—Era el viejo Jorge Grim —dijo Peter—. ¿Qué te parece? ¡Y pensar que habíamos sacado la conclusión de que era un hombre bueno y honrado y todo lo demás! De todas formas, tenemos ahora algo muy importante que hacer, y es contárselo todo a mi padre.

Los padres de Peter se quedaron sorprendidos al ver llegar juntos a los Siete Secretos.

—Vaya, Colín, Jack, Bárbara y Jorge: ¿qué hacéis aquí, en lugar de estar en casa? —dijo la madre de Peter.

—Mamá, tenemos algo que contarte —dijo Peter—. Papá, te quedarás sorprendido cuando lo oigas. Sabrás que los Siete Secretos tenemos...

—¡No me iréis a decir que estáis enredados en otra aventura! —dijo su padre—. No os habréis metido en un lío, ¿verdad?

—Oh, no —dijo Peter—. De todos modos, espero que no te enfadarás cuando oigas las cosas que hemos hecho.

—Empezad por el principio —dijo la madre de Peter cogiendo una lata de galletas de jengibre y repartiéndola a su alrededor—. Tú eres el jefe de los Siete Secretos, ¿no es así, Peter? Empieza tú, entonces.

Peter empezó a narrar la extraña historia, desde la mañana en que el aeroplano de Sussy desapareció por la tapia y se internó en «Bartlett Lodge». Contó también la discusión con el irritado jardinero y cómo él y Jack descubrieron el aeroplano en el balcón y treparon por el árbol para rescatarlo...



—Y aquí es donde empieza el misterio realmente —dijo Jack, interrumpiéndolo—. ¿Verdad que sí, Peter? Porque cuando Peter miró por la rendija que dejaban las cortinas de las puertas del balcón, pudo ver una llama de gas encendida dentro de la habitación.

¡Era de ver el pasmo de los padres de Peter cuando oyeron la historia, así como que los Siete Secretos habían comprobado la honradez de Grim y lo bien que se portaba con su mujer y cómo llevaron a cabo los descubrimientos hasta el fantástico final!

—Estábamos encaramados en el árbol, como unos seis pies por encima del balcón, intentando ver quién era el que llamaba a la ventana, y entonces descorrieron la cortina y a la luz que venía de la habitación pudimos verlo.

—Y ¿quién era? —dijo el padre de Peter, verdaderamente interesado.

—Era Grim —dijo Peter—. ¡Sí, era él de verdad, papá! Alguien abrió el balcón desde dentro, él se metió luego en la habitación y entonces volvieron a cerrarlo y a echar las cortinas.

—Y hemos pensado que lo mejor que podíamos hacer era contárselo a usted, porque conoce al señor Frampton, que es el que tiene las llaves —dijo Jack—. Estamos seguros de que usted sabrá mejor que nosotros lo que hay que hacer.

—Habéis pensado bien —dijo el padre de Peter—. ¡Estoy muy contento de vosotros! ¡Sabéis hacer bien las cosas! No puedo objetar nada a vuestra conducta. Habéis sido sensatos y valientes. Ahora, por supuesto, hay que averiguar en seguida cuáles son las actividades del amigo Grim. ¡Gracias a vosotros lo sorprenderemos en su cubil con las manos en la masa a él y a su amigo el salteador!

—¡Su amigo el salteador! —dijo Pamela—. ¡Eso suena a cosa de novela! Dígame: ¿qué es lo que piensa usted hacer?

—Voy a llamar al señor Frampton y decirle que vaya conmigo a «Bartlett Lodge», con las llaves, para sorprender a Grim y a su amigo con las manos en la masa —dijo el padre de Peter dirigiéndose al teléfono.

—¡Papá, papá! ¿Podemos ir nosotros también? —gritó Peter, temeroso de no poder presenciar el punto culminante de la aventura.

—Ya veremos qué opina el señor Frampton —dijo su padre, marcando un número en el aparato. Los chicos escucharon desde cierta distancia la conversación, mientras sus corazones latían apresuradamente. ¡Todo se había convertido en una aventura magnífica! ¡Oh, si por lo menos les dejasen participar en el final!

El padre de Peter colgó el teléfono y volvió con los expectantes muchachos.



—Como podéis imaginar, el señor Frampton se ha sentido enormemente interesado. Va a venir para recogerme y llevarme en su coche. Dice que Peter y Jack pueden venir con nosotros, porque ellos podrán atestiguar que vieron realmente el gas encendido. Nos proporcionarán un magnífico testimonio.

—Y los demás, ¿no podremos ir? —dijo Janet, tristemente—. Oh, papá, yo también quiero ir.

—Me gustaría complacerte —dijo su padre—. Pero tienes que comprender que no podemos llevaros a todos vosotros, ya que puede tratarse de un asunto muy serio. El señor Frampton va a llamar a la policía para que estén preparados por si tiene que telefonar desde «Bartlett Lodge» pidiendo ayuda. Claro que primero tenemos que ver si el asunto compete a la policía, pero creo que es lo más probable.

Una ola de emoción invadió a Jack y a Peter. Sonrieron alegremente a diestro y siniestro. Iban a presenciar el final de la aventura. ¿Qué iría a ocurrir? ¿Qué diría Grim? Y ¿quién sería su «amigo el salteador»?

Al poco rato se oía el claxon de un automóvil en la puerta principal. Peter, su padre y Jack salieron al momento de la casa, seguidos con envidiosa mirada por los demás. La madre de Janet acudió al teléfono para tranquilizar a los padres de los que se habían quedado en la casa.

Jack y Peter se metieron en el automóvil del señor Frampton y se sentaron silenciosos en la parte de atrás. ¡Todavía recordaban cuán irritado estaba con ellos poco tiempo atrás! Él no les dijo nada a ellos, pero habló brevemente con el padre de Peter.

El coche arrancó. Jack oprimió, excitado, el brazo de Peter.

—¡Vamos a entrar de lleno en la parte crucial de la aventura! —le dijo en voz baja—. ¿Qué crees que ocurrirá ahora?

Dentro de la casa vacía

El automóvil llegó a la parte exterior de «Bartlett Lodge». La casa aparecía enteramente oscura: no se veía luz por ningún sitio. Todos salieron del coche y el señor Frampton habló pausadamente:

—Abriré la puerta principal y entraremos en silencio —dijo—. Es necesario que no hagamos ruido de ninguna clase, no vayan a oírnos los dos amigos que hay dentro. Subiremos directamente a la misma habitación donde estos chicos me llevaron el otro día, sorprenderemos a los hombres y les pediremos una explicación. Ahora, seguidme.

Todos le siguieron, cruzando la puerta lateral del jardín, el que atravesaron hasta llegar a la puerta principal del edificio. El señor Frampton sacó de su bolsillo una llave que introdujo sigilosamente por el ojo de la cerradura y le dio la vuelta. Luego metió otra llave debajo de la anterior y le dio la vuelta también. La puerta se abrió, crujiendo levemente.

El señor Frampton entró en la casa. Los demás le siguieron y él cerró silenciosamente la puerta. Encendió su linterna y dijo en un susurro:

—El teléfono está ahí, en ese rincón. Tú, muchacho, ¿cómo te llamas?

—Peter, señor —dijo Peter.

—Pues bien, Peter: tú serás el que vaya al teléfono y llame a la policía en el caso de que haya alguna complicación —dijo el señor Frampton—. Les dirás que envíen un agente, ¿está claro?

—Sí, señor —dijo Peter, sintiéndose de nuevo acometido por esa excitación y ansiedad propias de todas las aventuras.

—Ahora, con mucho cuidado y sin hacer ruido —dijo el señor Frampton, empezando a subir por la escalera, mientras la linterna alumbraba fuertemente el camino que tenía delante. La escalera estaba bien alfombrada y se podían pisar los escalones sin hacer ruido. El hombre iba delante y los dos chicos le seguían. Jack estaba tan excitado que casi perdía el aliento. Subieron el primer tramo y se detuvieron por un momento en un espacioso rellano. Luego, con suma cautela recorrieron el segundo tramo hasta llegar a otro rellano más pequeño. El señor Frampton se detuvo y apagó la linterna.



Una ráfaga de luz se percibía por debajo de una puerta: ¡la puerta de la habitación del balcón! Se oía dentro un murmullo de voces. De pronto el murmullo se hizo más alto y los cuatro pudieron oír exclamaciones y amenazas. ¿Qué estaría ocurriendo en esa habitación cerrada? Jack sentía cómo le temblaban las piernas.

—¡No te asustes! —susurró el señor Frampton, notando que Jack temblaba a su lado—. Es que han puesto la radio. Están oyéndola para distraerse.

Jack quedó bastante aliviado. ¡Sólo era la radio! Por supuesto que él y Peter la habían oído antes, cuando estaban en el balcón. El señor Frampton se acercó a la puerta y movió el picaporte. Pero lo hizo en vano. La puerta estaba cerrada por dentro.

El señor Frampton alzó la mano y golpeó la puerta imperiosamente, exclamando al mismo tiempo:

—¡Abran la puerta inmediatamente!

La radio fue apagada de súbito. Todo quedó en silencio. El señor Frampton golpeó de nuevo.

—¡Abran la puerta, les digo!

—¿Quién está ahí? —dijo una voz desde dentro.

—Abra la puerta y lo verá en seguida —gritó el señor Frampton, con tan fuerte voz que hizo dar un respingo a los dos muchachos—. ¡Conozco su voz, Grim! ¡El juego ha terminado! ¡Por su bien y por el de su compinche le digo que abra la puerta!

Hubo un silencio durante unos segundos, luego volvió a oírse la voz, muy turbada, de Grim.

—Usted es el señor Frampton, ¿verdad? Señor: no habrá venido usted con la policía, ¿no es así? Señor: usted sabe que yo soy un hombre honrado.

—Por ahora no tengo a la policía conmigo —tronó el señor Frampton—. ¡Pero

encargaré que la llamen si no abre en seguida la puerta! Y en cuanto a su honradez, temo que sea difícil que la pueda probar, Grim. Se oyeron unas cuantas palabras atropelladas que provenían de la habitación; parecía como si Grim estuviera dándoles ánimos a alguien. Luego habló de nuevo, con voz suplicante:

—Señor Frampton: abriré la puerta y saldré si me deja usted cerrarla en cuanto haya salido y me promete no entrar en la habitación hasta que haya hablado con usted, señor.

—Usted abrirá la puerta y yo entraré en la habitación inmediatamente —dijo el señor Frampton, irritado—. ¿Qué significa esa estupidez? Y le advierto, Grim, que si deja que su compinche se escape por el balcón va todo a ser mucho peor para usted. ¡Basta ya y ABRA LA PUERTA!

La puerta permaneció cerrada. El señor Frampton se volvió a Peter y le habló en voz alta, para que Grim pudiese oírlo desde la habitación.

—Peter, vete al vestíbulo y llama a la policía, como te dije. Diles que hagan el favor de enviar un agente cuanto antes.

—Muy bien, señor —dijo Peter. Pero en seguida se oyó a Grim que gritaba:

—¡Señor, no! ¡No llame a la policía! Abriré la puerta. ¡Aguarde un momento, señor, aguarde!

—Espera, Peter —dijo el señor Frampton.

Todos permanecieron quietos. Se oyó cómo introducían desde dentro una llave en la cerradura y luego pudieron ver girar el picaporte. La puerta se abrió en seguida y apareció Grim.

—Señor, se lo suplico, no entre en la habitación —dijo, sujetando la puerta y tapando la vista con su cuerpo—. Por favor, señor, no lo haga.

—¡Apártese de ahí! —dijo el señor Frampton, empujando a Grim con firmeza. Se introdujo en la habitación seguido por el padre de Peter. Los dos chicos entraron detrás, haciendo cábalas sobre lo que iban a encontrar en la habitación.

La persona que había allí era lo que menos esperaban ver. Quedaron mudos y atónitos.



Una gran sorpresa

La pequeña habitación aparecía limpia y cuidada. La chimenea de gas estaba encendida y el reloj de la repisa emitía su alegre tictac. Sobre la mesa había un pequeño mantel blanco, una fuente de madera con un trozo de pan, un plato con mantequilla y una rodaja de queso amarillo.

Pero no eran éstas precisamente las cosas que sorprendieron a los cuatro visitantes. Sus ojos se fijaron en un rincón del cuarto donde había una especie de catre junto a la chimenea. En él estaba acostada una mujer menuda, ya entrada en años, de cabellos blancos, pálida faz y temblorosas manos y cuyos asustados ojos contemplaron fijamente a los cuatro que acababan de entrar en la habitación del balcón.

El señor Frampton se detuvo, estupefacto. Él, lo mismo que los otros, había esperado encontrarse allí con un hombre, con algún «amigo salteador». Pero la única persona que había era aquella pobre y asustada vieja.



—Por favor —dijo con voz temblorosa—. Por favor, todo ha sido por mi culpa. No sea duro con Jorge.

El señor Frampton habló con un tono de voz inopinadamente benévolo:

—No se preocupe, señora. Sólo hemos venido para ver qué es lo que sucedía aquí.

De pronto, unas lágrimas empezaron a surcar las mejillas de la anciana. Grim se le acercó y le cogió la mano.

—Vamos, vamos —le dijo—. No te apures. Lo hice todo porque era lo mejor que se podía hacer.

Entonces se volvió al señor Frampton:

—Vea, señor: lo que ha ocurrido es que mi mujer está enferma y su tos se le agravó durante el invierno. El médico dijo que era indispensable que la sacara de la barraca —dijo Grim, con voz desesperada—. Además, se cayeron unas tejas del techo

y el agua de la lluvia empezó a caer en nuestro dormitorio. Señor: ¿qué es lo que iba a hacer un hombre? No encontré ningún otro sitio donde llevar a mi mujer, y ésta es una casa grande, está vacía, y además trabajo aquí...

—Ya veo —dijo el señor Frampton sentándose en una silla—. Sí, ya veo. Usted entonces decidió traer a su mujer aquí, a esta confortable habitación, lejos de la humedad. Y usted abrió las llaves de paso del gas y del agua y le dio al interruptor de la electricidad, y...

—Sí, señor. Me metí en la casa la primera vez por el hueco de la carbonera; luego fui a la cocina y abrí la puerta —dijo Grim—. A usted le dejaron las llaves, señor, pero yo sabía que había un duplicado colgado de una alcayata en la despensa. Y una noche traje aquí a mi mujer, señor, y ¡qué traslado más terrible fue para ella!

—Y usted la instaló aquí confortablemente, ¿no es así, Grim? —dijo el señor Frampton—. Y se encargó usted de la compra diaria de su casa, y de lavar la ropa y tenderla fuera de la barraca, ¿verdad? Vea que estoy al corriente de todas esas cosas. Y a partir de entonces usted se metía todos los días en este cuarto entrando por el balcón.

—Sí, señor —dijo Grim, tristemente—. Y cogí una animadversión especial contra estos chicos de aquí cuando le contaron a usted que habían visto encendida la chimenea de gas. Se lo digo, señor: he pasado todo el tiempo lleno de temores y preocupaciones. Sí, sé que he hecho mal, pero ¿qué podía hacer uno, al fin y al cabo?

—Podía usted habérmelo contado todo o, por lo menos, haberme pedido permiso para entrar en la casa.

—¡Y usted no me lo hubiera dado! —gritó Grim—. Mire todo esto, señor, y también usted, señor —dijo volviéndose al padre de Peter—. Mi mujer ha cuidado bien de todo mientras ha vivido aquí. Ha limpiado el polvo todos los días, enferma como está; ha regado las plantas y aseado los muebles. Tenía miedo de morir en cualquier momento, señor, pero, sin embargo, puedo decirle que ha mejorado mucho de la tos.



Peter notó de repente que le salían lágrimas de los ojos. ¡Pobre Grim! ¡Y pobre también su mujer, enferma y teniendo que vivir en aquella terrible y húmeda barraca con el techo al descubierto! Al fin y al cabo, el matrimonio no había hecho daño alguno. De hecho, la mujer había cuidado de todo como una buena ama de casa y había regado las plantas. O sea que había hecho todo lo que buenamente podía.

Hubo un corto silencio. Luego volvió a hablar el señor Frampton con suave tono de voz:

—Bien, Grim. Por supuesto que tendrá que dar cuenta a los dueños de todo lo que usted ha hecho. Sin embargo, les señalaré las dificultades en que usted se ha encontrado, así como lo bien que se ha portado su señora, limpiándolo todo y cuidando de las cosas, y...

—Pero no llamaré usted a la policía, ¿verdad? —suplicó la anciana señora desde su catre—. Mi Jorge, señor, es un hombre honrado de cuerpo entero y de buen natural. Tiene un carácter que le hace a veces meterse en atolladeros como éste, pero es bueno: ¡yo tengo motivos para saberlo mejor que nadie!

—No llamaré a la policía —dijo el señor Frampton—. Pero, como usted sabe, es posible que los dueños regresen la próxima semana. Ustedes no pueden seguir viviendo aquí.

—Entonces, volveremos a la barraca —dijo la señora Grim—. He mejorado mucho de la tos durante el tiempo que he pasado en esta habitación caldeada y seca. Ahora ya no me sentará mal vivir en la barraca.

—¡Eso no! —dijo Grim de repente, con tono desesperado otra vez—. ¡Te llevarán a cualquier sitio lejos de mí! ¡Dirán que estás enferma y acabarán separándonos!

—Escúchenme ahora: ustedes pueden quedarse aquí hasta que yo sepa lo que opinan los dueños —dijo el señor Frampton—. Sé que en ustedes puedo tener confianza. Pero si alguna otra vez se ve en un apuro semejante, pídale ayuda a algún amigo y no vuelva a hacer esto, Grim.

—Ya lo pensé, señor, pero tenía miedo a que me separaran de mi mujercita —dijo Grim—. Siento mucho el trastorno que les he causado, pero le doy mi palabra, señor, de que no hemos hecho daño alguno.

El padre de Peter se levantó.

—Vámonos, Frampton —dijo—. Dejémoslos en paz. Grim: venga mañana a verme y le procuraré leche y huevos para su mujer. Buenas noches, señora Grim. Anímese, que vamos a procurar hacer algo por ustedes. Buenas noches, Grim.

—Buenas noches, señores —dijo Grim a los dos hombres, mientras se marchaban seguidos por los chicos. Se quedó en la puerta, con aire entre apesadumbrado y ansioso.

—¡Papá! —dijo Peter al ver la expresión del jardinero—. Papá: ¿podemos nosotros hacer algo por ellos? ¡No estaré contento hasta que no hagamos algo!



Tres hurras para los Siete Secretos

A la mañana siguiente hubo otra asamblea de los Siete Secretos en el viejo cobertizo. Uno tras otro se oyeron los golpes de llamada en la puerta y la contraseña.

—¡«Grim»!

—¡«Grim»! Soy yo, Pamela. —¡«Grim»! ¿Puedo entrar?

Peter abrió la puerta cinco veces, y *Scamper* ladró cinco veces también. Pronto estuvieron todos reunidos. Estaban algo nerviosos debido a los acontecimientos sorprendentes y emocionantes de la noche anterior.

—¡Pensar que odiábamos tanto a Grim y que todo el tiempo ha estado martirizado por la preocupación de que descubriésemos su pobre y precioso secreto! —dijo Janet.

—No puedo «soportar» la idea de que tengan que volver a aquella horrible barraca —dijo Bárbara—. La vieja señora Grim volverá a su terrible tos. Y dentro de unos días tienen que marcharse de «Bartlett Lodge».

Oh, querido, este misterio va a tener un final horrible.



—Nosotros hemos «conseguido» algo para poder ayudarlos —dijo Jack. Sacó un portamonedas del bolsillo y derramó unos cuantos chelines y peniques sobre una vieja caja de madera—. Mirad, he vaciado mi hucha y la de Sussy también. He traído todo nuestro dinero por si nos puede ser útil para algo.

—¡La hucha de Sussy! —dijo Janet, espantada—. ¿Te dijo que podías vaciarla?

—Sí. Se lo conté todo cuando llegué a casa —dijo Jack—. Al fin y al cabo, como sabéis, fue su aeroplano el que dio origen a esta aventura, ¿no es así?

—Sí —dijeron los demás, asintiendo con la cabeza.

—Por eso pensé que Sussy debía oír la historia —dijo Jack—. Y ella me dijo que sacara de su hucha también «todo» el dinero que tuviera.

—¡Caramba! ¡Qué sorprendentes son a veces las personas! —dijo Bárbara—. ¡Bien por Sussy!

—Bien —dijo Peter—. ¿Querréis los demás contribuir con vuestro dinero para ayudar a los Grim? ¿Sabéis lo que podemos hacer? Sugiero que lo gastemos en reparar el agujero que hay en el techo de la barraca. ¡Por fin vamos a hacer algo para ayudar a esa pobre gente! No podía vivir tranquilo hasta encontrar la manera de compensar al viejo Grim de haberle espiado y haber sacado a la luz su hermoso secreto.

Todos estuvieron completamente conformes en que había que ayudarlos. Peter se sentía orgulloso de sus Siete Secretos. ¡No había entre ellos nadie que fuese tacaño o mezquino! ¡Eran estupendos!

Scamper empezó a ladrar de pronto. Se oyó que llamaban a la puerta.

—¡Contraseña! —gritó Peter.

—No la conozco —dijo su padre.

—¡Oh, eres tú, papá! ¡Te dejamos entrar sin decir la contraseña! —dijo Peter abriendo la puerta. Su padre entró en el cobertizo y sonrió a todos. Vio el montón de monedas desparramado sobre la caja de madera y alzó las cejas.

—Vaya, ¿quién de vosotros es el rico?

—Oh, ese dinero es para ayudar al viejo Grim y a su mujer —dijo Peter—. Jack lo ha traído. La mitad es de Sussy. Nosotros pondremos también algo, papá: es que estamos muy apenados por haber pensado esas cosas terribles de Grim y por haberlo espiado, cuando todo lo que estaba haciendo era cuidar a su mujer.

—Sí, es para estar apesadumbrado, ¿verdad? —dijo su padre—. Yo también lo he sentido como tú, Peter. Estoy satisfecho de que queráis ayudarlos. ¡Yo pienso hacerlo mismo!

—¿Cómo podrás ayudarlos, papá? —dijo Peter, algo sorprendido.

—Te lo diré —dijo su padre—. ¿Te acuerdas de aquella barraquita que nuestro granjero dejó al despedirse hace poco? Pues bien: pienso prepararla inmediatamente y arreglarla para ofrecérsela al viejo Grim. Necesitamos un hombre que arregle los vallados y haga otras cosas. Y si Grim acepta venir a nuestra granja y trabajar, le dejaré la barraquita, donde podrá vivir con su mujer. Es muy soleada y seca.

—¡Oh, papá, cómo te quiero! —gritó Janet, abrazando a su padre tan fuertemente que por poco lo aplasta—. No podíamos soportar la idea de que los Grim tuviesen que volver a su horrible barraca. ¡Oh, qué magnífico es ser mayor y poder hacer cosas como ésta!

—¡Y qué magnífico es ser joven y poder pertenecer a los Siete Secretos! —dijo su padre—. Sois una pandilla de mozalbetes entrometidos, pero cuando empleáis bien la cabeza y el corazón lleváis las cosas a buen término. Estoy muy satisfecho de que hayáis descubierto el secreto de Grim. Ahora estaremos tranquilos él y nosotros.

—Nosotros le daremos a usted todo nuestro dinero para cooperar en la puesta a punto de la nueva barraca de Grim —dijo Jack—. ¡Queremos ayudar de alguna manera con nuestro dinero!

—Gracias —dijo el padre de Peter—. Entrégaselo a Peter y él puede dármelo a mí. Pero dejadme que os diga una cosa: habéis tenido hasta ahora muchas aventuras, pero creo que ninguna de ellas ha tenido un final tan agradable. Y otra cosa más: ¡Estoy muy orgulloso de todos vosotros!

Se levantó y sonrió a los Siete Secretos, que mostraban gran contento, y se fue. Peter los miró a todos con la cara encendida.

—¿Habéis oído eso, Siete Secretos? —dijo—. ¿Lo has oído, *Scamper*? ¡Tres hurras para los Siete Secretos! Hip-hip-híp...

—¡HURRA! —Gritaron todos. *Scamper* ladró furiosamente. ¡Qué interesante aventura les había proporcionado, al fin, Sussy y su aeroplano!





ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] *To Scamper* significa en inglés *huir, escaparse*. (N. del T.) <<

[2] En inglés, *grim* significa *hosco, feo, ceñudo*. (N. del T.) <<